

GERARDO MERAZ DE LA TORRE

Cuentos

PARA LA NATURALEZA

HISTORIAS PARA HACER CONCIENCIA SOBRE
LA IMPORTANCIA DE NUESTRO MEDIO AMBIENTE



Gobierno de Puebla
Hacer historia. Hacer futuro.



**Secretaría
de Educación**

CONCYTEP

Consejo de Ciencia
y Tecnología del Estado
de Puebla

GERARDO MERAZ DE LA TORRE



Cuentos

PARA LA NATURALEZA

HISTORIAS PARA HACER CONCIENCIA SOBRE
LA IMPORTANCIA DE NUESTRO MEDIO AMBIENTE



Gobierno de Puebla
Hacer historia. Hacer futuro.



**Secretaría
de Educación**

CONCYTEP

Consejo de Ciencia
y Tecnología del Estado
de Puebla

Miguel Barbosa Huerta
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL
ESTADO DE PUEBLA

Ana Lucía Hill Mayoral
SECRETARIA DE GOBERNACIÓN DEL
ESTADO DE PUEBLA

Melitón Lozano Pérez
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DEL
ESTADO DE PUEBLA

Sergio Salomón Céspedes Peregrina
PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO Y
COORDINACIÓN POLÍTICA H. CONGRESO
DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE
PUEBLA

Héctor Sánchez Sánchez
PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPERIOR DE
JUSTICIA DEL ESTADO DE PUEBLA

Victoriano Gabriel Covarrubias Salvatori
DIRECTOR GENERAL DEL CONSEJO DE
CIENCIA Y TECNOLOGÍA DEL ESTADO
DE PUEBLA

Maria Fernanda Arellano Curiel
COORDINADORA DE PROYECTOS
ESPECIALES

Maricruz Vázquez Bañuelos
RESPONSABLE DEL ÁREA DE
PUBLICACIONES

Abigail Ramírez Beltrán
ILUSTRADORA DE PORTADA

Maria Delia García Meza
ILUSTRADORA

Eduardo Jáuregui Sainz de Rozas
CORRECTOR DE ESTILO

Karla Rodríguez Rosas
DISEÑADORA EDITORIAL

Georgilett Pérez Bedwell
Fátima Paz Lazarín

Luis Gerardo Aguirre Rodríguez
COMITÉ DE REVISIÓN

Primera edición, México, 2021.

Publicado por el Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla (CONCYTEP),
Privada B Poniente de la 16 de Sept. 4511, Col. Huexotitla, 72534. Puebla, Pue.

ISBN: 978-607-8839-09-4

La información contenida en este documento puede ser reproducida total o parcialmente por
cualquier medio, indicando los créditos y las fuentes de origen respectivas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	II
PANDEMIAS	III
SUGERENCIAS	V
El bicho no esperado	1
Varado en el tiempo	8
En la isla del Marqués	15
El cementario que creció	19
Ciudad de bichos	23
Ni tanto ni tan poquito	26
DERECHOS DE LA NATURALEZA	29
Sin sintonía	31
La playa sagrada	35
El coleccionista	39
DESASTRES NATURALES	43
La gran colonia	45
La última isla	49
El monstruo desconocido	55



Cuentos para la naturaleza

Historias para hacer conciencia sobre la importancia de nuestro medio ambiente

Presenta:
Gerardo Meraz De la Torre

Puedes escuchar este
audiolibro en el **código QR**
o en el enlace:



[https://www.concytep.gob.mx/
audiolibros/](https://www.concytep.gob.mx/audiolibros/)



INTRODUCCIÓN

El objetivo principal de estos cuentos es concientizar a la niñez y a nosotros las y los adultos sobre la vulnerabilidad de nuestro sistema de vida, el cual depende del lugar donde vivimos: el planeta tierra, que nos proporciona absolutamente todos los recursos que necesitamos para cubrir nuestras necesidades, no solo las esenciales para vivir, sino las que también hemos creado a lo largo de la historia, como son: medios de comunicación, medios de transportes, viajes, ropa, accesorios, juguetes, desechables, libros, revistas, joyas y todo aquello que, si bien nos hace sentir bien y consideramos ya esencial, no es en realidad esencial para vivir. Todo necesita materia para ser fabricado. Esa materia es producto de diversos elementos que son extraídos de nuestros recursos naturales. El exceso de demanda por productos no necesarios es muy grande; estos requieren una compleja producción que muchas veces daña al medio ambiente. Por ejemplo: ropa hecha de pelajes o pieles de animales, un labial o cosméticos que necesitan minerales para fabricarse, tinturas para productos, vehículos de lujo, etc.

Debemos de hacer conciencia de lo que verdaderamente necesitamos, indagar el proceso de fabricación de lo que usamos, no contaminar, planificar dónde construir y urbanizar, que haya honestidad al administrar recursos públicos, que todo lo que hagamos directa o indirectamente nos beneficiará o nos afectará. Ser conscientes de nuestras acciones y decisiones es la clave para la evolución. La evolución es madurar, es no repetir patrones de acciones, pensamientos y comportamientos nocivos para uno y para el planeta; es saber que el planeta es nuestra casa, y que no cuidarlo y destruirlo es no cuidar nuestra casa. Sin este planeta, simplemente no hay vida tal cual la conocemos.

Se presentan tres temas: **pandemias, derechos de la naturaleza y desastres naturales**. Los cuentos se dividen en tres grupos: primero y segundo, tercero y cuarto, y quinto y sexto, todos de primaria. Para el primer tema, que es pandemias, se presentan seis cuentos, dos por bloque; se hace mayor énfasis en este tema debido a las circunstancias que se han presentado en el mundo al momento de redactar este documento. Los otros dos temas constan de tres cuentos cada uno, uno por bloque, siendo doce cuentos en total. Todos ellos contienen una descripción del tema y un espacio de reflexión para madres, padres, maestras o maestros. Después de cada cuento se presentan también unas preguntas para que las y los pequeños reflexionen sobre el tema y la historia que se les presenta. Es importante que las mamás, papás, tutores o docentes acompañen en la lectura y reflexión a los menores. Son temas en los que si se involucra la familia, el impacto de aprendizaje será mayor.





PANDEMIAS

Una pandemia es una enfermedad infecciosa que se presenta de manera simultánea en diferentes países, afectando la salud y vida de la población. Cada vez que se presenta una epidemia se requiere actuar rápidamente y de manera muy específica, tanto para controlar la propagación como para curarla. En muchas ocasiones se trata de enfermedades nuevas, por lo que el proceso de curar y encontrar una vacuna que dé inmunidad toma tiempo, y aunque las y los encargados en el medio, como médicos, investigadores y científicos, tengan toda la experiencia en su área, se requiere de mucha investigación y pruebas para poder aplicarla en los humanos efectivamente.

La diferencia entre epidemia y pandemia tiene que ver con la extensión y velocidad de propagación de la enfermedad: la epidemia se da cuando la enfermedad se propaga rápidamente en una población determinada, afectando a un gran número de personas por un periodo de tiempo; y la pandemia cruza esas fronteras y se expande a varios países y continentes. Las epidemias y pandemias pueden colapsar los sistemas de salud, es decir, rebasar su capacidad de atención, pues el número de enfermos y con requerimiento de asistencia médica es mayor al número de personas que el sistema de salud puede atender.

En toda la historia de la humanidad ha habido un gran número de pandemias y epidemias; muchas de ellas se dieron entre el encuentro de diferentes culturas, cuando exploradores llegaban a alguna otra parte del mundo. Las pandemias más importantes que han marcado a la humanidad han sido: la gripe rusa en 1889; la gripe española en 1919; la gripe asiática en 1957; el VIH, que se expandió en la década de los ochentas y del que se estima que las víctimas superan los 25 millones de personas; el H5N1, conocida como gripe aviaria, que en 2005 fue amenaza de pandemia; en 2009 se presentó la gripe H1N1; y en 2019 el SARS-CoV-2, conocido como coronavirus.

La particularidad de esta última pandemia es su rápida propagación, que si bien no es por aire y solo se da con el contacto, se extiende a gran velocidad. Los primeros días que el virus está en el cuerpo no se detecta, pero sí se contagia, por lo que la persona infectada sigue haciendo su vida normal, socializando y en contacto con otros, sin saber que porta un virus y que posiblemente esté contagiando, y no es hasta que presentan síntomas (si es que los presenta) que la persona se resguarda y se abstiene de contacto social. Pero para ese entonces ya contagió a la mayoría de las personas con las que tuvo contacto, y estas repetirán el mismo patrón, de seguir su vida normal y en contacto con otros hasta presentar síntomas.



Por esta razón, el distanciamiento social es esencial para afrontar el contagio y la propagación. No es la cura, pero sí detiene la velocidad a la que se va contagiando, permitiendo que los sistemas de salud no se colapsen y también dando tiempo a los especialistas en el área para encontrar la vacuna.



Reflexiona

- ¿Consideras que te has informado correctamente, de las fuentes oficiales, sobre las medidas a tomar para la prevención de contagio del coronavirus?
- ¿Qué estrategias has implementado para mantener la seguridad de tu salud y la de tu familia?
- Si has tenido la enfermedad o tenido familiares, amigas o amigos que la han presentado, ¿cómo fue tu experiencia?
- ¿De qué manera has transmitido a las y los niños, ya sean hijas, hijos, alumnas o alumnos, el tema del coronavirus y todo lo que implica?
- ¿Qué emociones surgen en los niños y niñas cuando escuchan hablar a las y los adultos del coronavirus?



SUGERENCIAS

Lo más importante es mantenerse informado sólo por vías oficiales y científicas que brinden información práctica sobre: cómo prevenir la enfermedad, cómo tratarla o acudir a hospitales si es que se contrae, cómo sobrellevar la distancia social, cómo reestructurar la vida cotidiana en casa para sacar mejor provecho del tiempo y tener una sana convivencia, cómo dirigirnos a las personas cuando socialicemos, hábitos de limpieza personal y de las cosas que usamos día con día.

El estrés y ansiedad siempre acompañan a las enfermedades, y más cuando repercuten a nivel social, laboral, económico y familiar. Recurrir a estrategias para reducir el nivel de estrés, como controlar tu respiración, ejercicios en casa para infantes y mayores de edad, estructurar actividades y planificar la economía, son herramientas esenciales para incorporarlas, ayudan a vivir realmente el momento y a no dejarse llevar por ideas o pensamientos que en lugar de ayudar a resolver encaminan hacia la ansiedad, el estrés y la depresión.

El apoyo entre miembros de la familia debe ser el soporte al cual podemos recurrir. Por lo tanto, en lugar de juzgar y recriminar a quien se sienta estresado y obligarlo a que no esté en ese estado, hay que apoyarlo, escucharlo e implementar las herramientas ya mencionadas. En etapas de confinamiento las preocupaciones aumentan, y no hay muchas oportunidades de acción para tratar de resolver la problemática, y, si bien puede ser real, muchos de esos problemas son exagerados por nuestros pensamientos y por la incapacidad de poder resolverlos en el momento, debido a la situación.

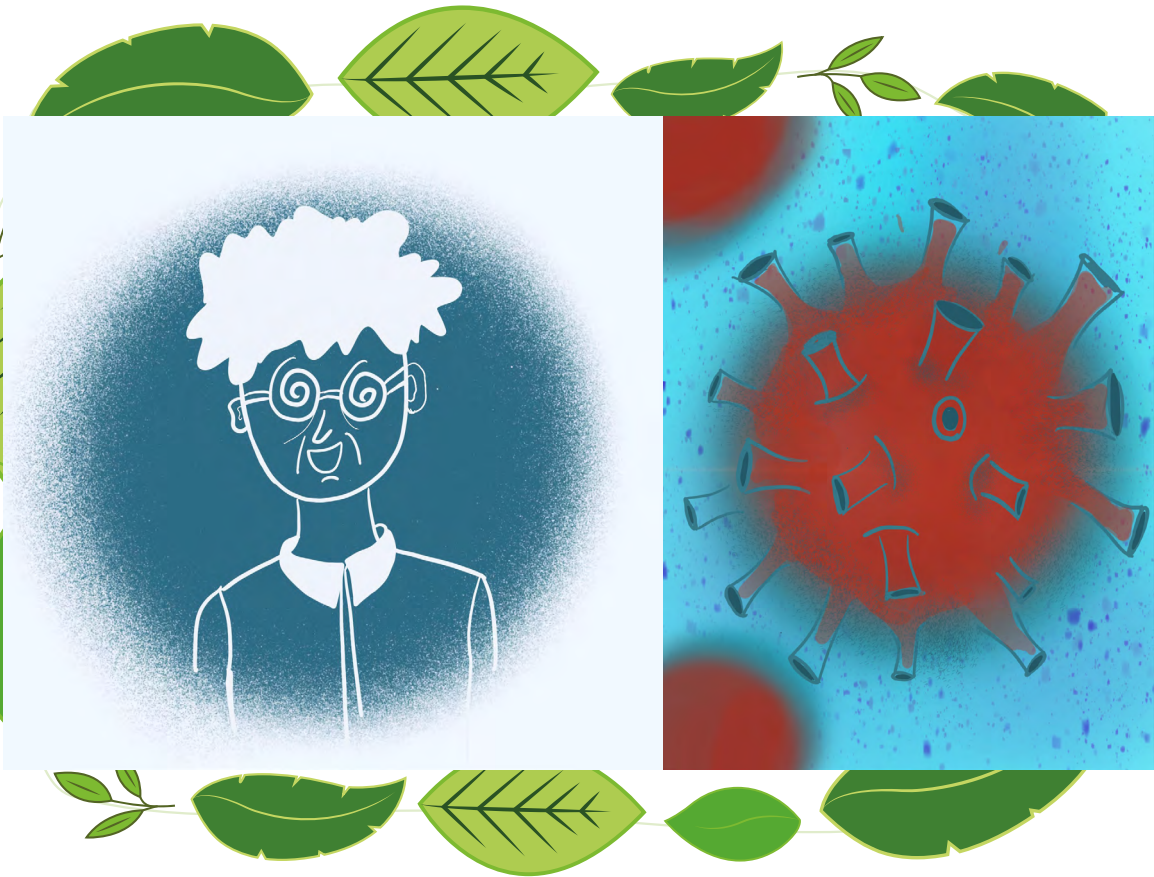
La respiración te brindará paciencia, que en términos generales es la ciencia de la paz, el saber estar en calma, el no dejarse llevar por las emociones, el brindar una respuesta oportuna, sin precipitaciones. Estar en paz y calma es la mejor forma de ayudar a salir de una pandemia.





El bicho no esperado

Cuento para quinto y sexto



Hace muchos años, en este mismo planeta, sucedió algo muy insólito que nadie esperaba, y que a la fecha seguimos recordando. Fue algo para lo que nadie estaba preparado, algo que cambió el rumbo de la humanidad y que sucedió de manera repentina.

Todo transcurría normalmente. La gente vivía en pequeñas villas o pueblos; algunas otras en las grandes ciudades, donde se encontraban los castillos de quienes gobernaban; otras vivían en campos, playas o montañas. Pero cualquiera que fuese el lugar y por más diferente que pareciera la vida en cada uno de ellos, todo funcionaba exactamente de la misma manera.



Todas las personas ejercían un trabajo que daba un beneficio para su comunidad; podía ser un producto o un servicio. Los productos eran muchos: existían diversas clases de alimentos y bebidas, ropas, carretas, caballos, espadas, joyas, libros, juguetes, máquinas e inventos; y los servicios eran igual de numerosos: plomeros, médicos, entrenadores de caballos, personas encargadas de limpieza, de seguridad, mecánicos, maestros, científicos, guardias, herreros y jueces. Y todos, absolutamente todos, recibían un pago a cambio de esos productos o servicios, que generalmente eran monedas o billetes. Las monedas eran unos círculos de metal aplanados, con un estampado en relieve de alguna figura, persona o símbolo; cada una tenía un valor diferente, así que por lo regular, las grandes valían más que las pequeñas. Y los billetes eran unos rectángulos de papel con estampados por ambos lados de uno o más colores. Al igual que las monedas había de diferentes valores, y normalmente los billetes valían más que las monedas.

Como era de esperarse, había quien obtenía más a cambio de su producto o servicio que otros, y con eso se generó algo que se le conoció como diversidad económica: unos podían comprar más cosas y de mejor calidad. Sin embargo, todos tenían una casa donde dormir y comida para alimentarse; algunos pagaban una renta para vivir en sus casas, y otros eran propietarios de estas. Todo parecía funcionar a la perfección, todos intercambiando lo suyo para adquirir los bienes que otros ofrecían y con eso tener los recursos para subsistir.

Pero de repente toda esa armonía de funcionamiento cambió. Nadie pensaba que podía ser detenida la manera en la que funcionaba la vida del ser humano tal y como se le conocía. Era impensable que eso pudiera cambiar... Pero cambió.

Y este gran cambio empezó en un pequeño pueblito de las tierras de oriente, en esos reinos de los que poco se sabía y se sabe. El origen preciso se desconoce hasta hoy en día, pero cuando todos se dieron cuenta de que algo no estaba bien fue cuando mucha gente comenzó a enfermar de lo mismo, con los mismos síntomas y dolencias, que eran desconocidos hasta esos días. Los enfermos aumentaban día con día y el hospital del pueblo no pudo darse a basto para atender a la gran cantidad de pacientes que ingresaban. El reino mayor de esa región se enteró de lo que ahí sucedía y mandó a sus más eruditos consejeros a ver lo que estaba sucediendo. Cuando volvieron de su misión describieron al gran rey la situación del pequeño pueblo:

—La gente tiene una especie de gripe que no es gripe, y llegan en grandes cantidades al hospital. En la clínica ya no hay espacio para ellos, los médicos no se dan a basto. Hemos traído un par de pacientes para analizarlos y ver cuál es la razón de su malestar y encontrar la cura —dijo uno de los especialistas que fue a la misión.

—En ese caso, ¡comiencen a trabajar! —ordenó el rey.





Pocos días después la mayoría de los eruditos enviados a la misión estaban presentando los mismos malestares que aquellos en el pueblo.

—¡Nos hemos contagiado! —dedujo uno de los expertos.

Inmediatamente analizaron el problema. Habían traído el virus con ellos, se habían enfermado y seguramente habían contagiado a otras personas. Y así fue. En la ciudad comenzaron a enfermar muchas personas, incluyendo el rey, quien cayó en cama y ordenó cerrar las puertas de la ciudad para que ningún enfermo saliera y llevara ese virus contagioso a otros pueblos.

Y aunque la orden fue dada justo cuando se dieron cuenta del error, ya era demasiado tarde: muchos viajeros habían pasado por la ciudad para intercambiar sus productos y servicios, y habían partido rumbo a otros pueblos, llevando, sin que ellos lo supieran, a ese virus nada conocido.

Poco tiempo después, cuando la ciudad padecía una gran crisis de salud, teniendo más enfermos que médicos, más convalecientes que camas de hospital y más necesidad de medicamentos de los que había disponibles, llegaron las noticias de lo que sucedía en otros pueblos y reinos: todos estaban padeciendo de lo mismo. La cantidad de enfermos era inmensa y la gente de las ciudades y los pueblos estaban aterradas, y con mucho estrés por lo que sucedía. No salían de sus casas y poco a poco se quedaban sin sus monedas y billetes porque ya no salían a trabajar y no había otra forma de obtenerlos, y además, tenían que seguir comprando comida, que poco a poco se agotaba en los mercados, ya que muchos de los vendedores y productores habían enfermado o estaban aterrados encerrados en sus casas.

Los y las líderes de pueblos, reyes y gobernantes se reunieron con todas las medidas de salubridad y seguridad, expusieron sus ideas y preocupaciones, concluyendo que tenían dos opciones:

La primera opción era encerrarse todos en casa, detener el movimiento de la vida cotidiana. De esa manera la velocidad de contagio sería lenta, así tendrían más tiempo para atender a cada paciente. Era una opción muy prudente, pero la manera de funcionar del día a día se iba a ver muy afectada: la gente no podría salir a vender sus productos o servicios, entonces no podría obtener billetes y monedas, por lo tanto no tendría dinero para obtener productos y servicios, entre ellos la preciada comida. Y las y los líderes sabían que un pueblo sin comida es un pueblo que no se puede gobernar. La paz es muy frágil cuando no hay suficientes alimentos para todas y todos, muchos problemas podrían surgir a costa de retrasar el inminente contagio.

La segunda opción era dejar que todas y todos se contagiaran. Se habían dado cuenta de que en la mayoría de los casos no era tan grave y que no a todos les



afectaba, sólo en muy pocos casos había complicaciones. Pero al haber tantos contagiados al mismo tiempo, era imposible dar atención a todos, por lo que habría muchas pérdidas, aunque la forma de vivir se mantendría, la gente seguiría trabajando, obteniendo dinero al intercambiar sus productos y servicios.

¿Tú qué harías, que decisión tomarías y por qué? Si pudieras dar otra opción, ¿cuál sería?

Final 1

Los líderes eligieron la primera opción, en donde todos debían detener sus actividades cotidianas, excepto las muy necesarias como las de doctores, soldados, policías, gobernantes y todo aquel dedicado a vender o producir alimentos. Fuera de ellos, todas las personas se encerraron en sus casas.

Las ciudades y pueblos de todo el mundo se detuvieron, las calles parecían desoladas, sin el ruido de todos los días que los humanos generaban al hacer sus actividades. Todos se mantenían en sus casas sin salir. Sólo tenían permiso para ir por provisiones a los mercados.

En un principio la gente se lo tomó como un descanso de sus actividades, pero rápidamente extrañaron salir a trabajar, estudiar y hacer algo en beneficio para la comunidad, aunque sabían que el beneficio se daría con su resguardo. Las niñas y los niños extrañaron salir a los parques, aprender en la escuela, jugar con sus compañeras y compañeros, jugar en los campos, en ríos y playas.

La calma de las calles no era la misma que en las casas. Dentro de estas sus habitantes se encontraban preocupados y estresados, había incertidumbre sobre cómo transcurrirían las cosas. Las y los niños tenían mucha energía y no podían salir a correr ni jugar. Algunas casas eran grandes y las familias tenían más facilidades para sobrellevar el tiempo, pero otras casas eran muy pequeñas y con muchos integrantes de la familia.

Durante este periodo muchos perdieron sus empleos y muchos negocios cerraron. No había ingresos para pagar alquileres, ni a las empleadas y empleados, y las monedas y billetes comenzaron a escasear y, por consecuencia, también los alimentos.

El virus seguía presente en la comunidad, seguían los enfermos llenando hospitales, la población tenía que esperar para ser atendida, los soldados vigilaban arduamente las calles para que la gente no se amotinara e irrumpiera en tiendas, llevándose los víveres. Paciencia pedían las y los gobernantes a la gente.





Mientras el hambre, aburrimiento y estrés abrumaba a la población, el virus comenzó a esfumarse, los enfermos comenzaron a curarse y cada vez eran menos los que enfermaban.

Cuando a la gente se les dijo que podían salir nuevamente y regresar a su vida normal, ya habían aprendido a vivir sin salir de casa. Su vida normal era la que ahora vivían. Ese periodo se convirtió para muchos en una etapa de crecimiento personal, aprovecharon el tiempo, lo distribuyeron de forma que pudieron estudiar, jugar, trabajar en nuevas formas de negocios, unirse como familia, y crearon lazos de un verdadero trabajo en equipo, cada quien dentro de sus posibilidades. Para algunos no fue la misma realidad, cayeron muchos en depresión, tuvieron mala alimentación, vivieron de manera sedentaria y eso les perjudicó en su salud.

Increíblemente, cuando la gente volvió a la vida sistemática, trató de volver a lo que hacía antes, pero no tomaron el mismo ritmo acostumbrado. La velocidad y prisa del pasado cotidiano ya no estaba, la gente se tomaba su tiempo para hacer sus cosas, los trabajos dedicados al ocio prácticamente desaparecieron, la actitud de todas y todos los seres humanos cambió, comenzaron a disfrutar la vida.

El encierro produjo un gran cambio, la vida cotidiana de antes los tenía presa a la gente y no los dejaba admirar las cosas maravillosas que sucedían día con día, cosas que pasaban frente a la indiferencia del estrés de las personas por realizar un sin número de actividades en el menor tiempo posible. Las personas admiraron nuevamente la magia de sus vidas, apreciaron sus trabajos y a sus familias, valoraron la necesidad de convivir y les dieron calidad a esas convivencias, y los lazos de amistad se hicieron más fuertes que nunca.

Contesta lo siguiente:

- ¿Cuáles crees que sean los trabajos esenciales que una sociedad requiere y por qué?
- ¿Qué nuevas formas de negocio te imaginas que crearon en el primer final?
- ¿Qué entiendes por estrés?
- ¿Cómo organizarías tu día si tuvieras que estar en casa sin salir por un largo periodo de tiempo?
- ¿Qué entiendes por diversidad económica?



Final 2

Las y los gobernantes decidieron por unanimidad que la mejor opción en beneficio de todos era seguir con su vida cotidiana, a sabiendas de que muchos seguirían enfermando y un porcentaje de ellos perecería.

La gente acató la decisión y siguieron ejerciendo sus actividades, aunque siempre con el temor de caer enfermos por el virus. Todos los días llegaban cientos de pacientes nuevos a los hospitales, el personal médico no se daba a basto, no podían atender a tanta gente, tenían que decidir a cada momento a quién salvar.

La vida parecía llevar el mismo ritmo, siempre acelerado, tratando de hacer lo mayor posible en el menor tiempo, una carrera por mantener el sistema, el flujo de productos y servicios a cambio de billetes y monedas. La gente estaba agotada, la preocupación constante de tener un ser querido enfermo o de ser contagiado, siempre estaba presente, no dejaba enfocarse correctamente a todos aquellos que trataban de seguir con la vida normal.

Después de un tiempo el número de enfermos que llegaban a los hospitales comenzó a disminuir, y así como llegó de rápido, así también se fue, pero el virus se llevó con él a muchas personas. Todos los reinos perdieron grandes cantidades de hombres y mujeres, pero la estabilidad económica, social y política de esos tiempos fue salvada.

Cuando todo pasó, nada regresó al modo que funcionaba antes. Se siguieron haciendo las mismas cosas, pero había un distanciamiento social. La gente no quería acercarse mucho a otros o hacer nuevas amistades; las reuniones eran escasas y pocos se abrazaban o estrechaban la mano; seguían con el miedo a ser contagiados. Algo se perdió en ese cambio, la gente se volvió desunida y había un halo de tristeza por las pérdidas humanas. Algo que se fue transmitiendo de generación en generación, hasta que se olvidaron de por qué la gente dejó de estrecharse la mano.



Reflexiona

- ¿Cuál de los dos finales te parece más acertado?
- ¿Los dos finales se parecen al tuyo?
- ¿Por qué crees que el contacto social y físico es importante para las personas?
- ¿Tú cómo has vivido la cuarentena? Trata de describir lo más detalladamente qué haces cada día y si has aprendido nuevas cosas.



Varado en el tiempo

Cuento para quinto y sexto



Gorat era un chico bastante inusual, aunque su familia aparentemente era normal y vivían de una manera muy similar a los demás. Él era diferente, no físicamente, sino su manera de ser era lo que lo resaltaba. En lugar de salir a jugar, Gorat prefería quedarse en casa a estudiar, hacer experimentos, inventar juegos, entrenar y hacer todo lo que le dictara su imaginación y creatividad.

Así pasó Gorat casi toda su infancia. Asistía a la escuela y corría de regreso a casa para vivir su vida solitaria pero plena. Al terminar sus estudios Gorat decidió independizarse de su familia. Rentó una casa en las afueras de la ciudad, una pequeña cabaña, pero con todo lo que él necesitaba. Nada se encontraba cerca de su nuevo lugar, estaba rodeada de árboles y campos y los vecinos más cercanos



estaban a varios cientos de metros. Económicamente se mantenía escribiendo historietas y haciendo caricaturas para un periódico local. Los enviaba por correo y cobraba un cheque esporádicamente que le alcanzaba para cubrir sus gastos. Casi no salía de su casa. Escribía y dibujaba la mayor parte del día, entrenaba, se cocinaba, meditaba, leía, cuidaba del jardín, del huerto y de sus árboles, aprovechaba cada segundo de su día; solo pocas veces salía a visitar a su familia. Cosechaba frutas y verduras en su huerto, y las otras cosas que necesitaba, como víveres, artículos de limpieza y demás, le eran entregados cada determinado tiempo por un chico que trabajaba en la tienda más cercana. Algunas veces pasaban tres meses para que le volvieran a surtir.

Así pasó el tiempo y Gorat siempre se mantenía ecuánime. Su vida era de poco movimiento, pero nada sedentaria. Se mantenía ajeno a las noticias, a lo que acontecía en el mundo, y no tenía contacto social alguno más que el que mantenía con su familia esporádicamente.

Un día, después de un buen rato de estar dibujando, Gorat se sentó a leer un libro de historia mientras esperaba al chico que le traería sus víveres, ya que era la fecha fijada para que fuera. Leyó un buen rato sin notar que pasó mucho tiempo desde el inicio de su espera. Cuando vio la hora decidió llamar a la tienda para ver lo que había sucedido con su pedido. La línea sonó por mucho tiempo, pero nadie contestó. Gorat no se sorprendió mucho, no asumió nada y siguió su día de manera normal. Todavía tenía suficientes víveres y llamaría al día siguiente para recordarles de su pedido.

A la mañana siguiente, después de realizar su rutina matutina, llamó a la tienda, pero tampoco volvió a tener respuesta. Era la primera vez que sucedía eso: dos días seguidos sin tener respuesta alguna de la tienda. Pero siguió sin preocuparse y sin asumir algo que realmente no sabía. Lo que sí sabía era que asumir algo no certero era desperdiciar el tiempo y preocuparse en vano, así que siguió con sus actividades diarias.

Al día siguiente, Gorat volvió a llamar y obtuvo el mismo resultado: nada de respuesta. Pensó que quizás estaban de vacaciones o remodelando la tienda, así que mejor decidió esperar una semana más para llamar. Llegó el día de la llamada y lo mismo: no hubo respuesta, y comenzó a sentirse preocupado, no porque le fuera a faltar algo, sino porque tendría que salir a la tienda a buscar sus víveres, y salir era lo único que le causaba cierta tensión. No le gustaban las multitudes, no le gustaba interrumpir su rutina, no le gustaba ensuciarse y prefería la limpieza de su hogar. Después de varios intentos de llamadas habló a casa de sus padres para ver si sabían lo que había sucedido con la tienda, pero tampoco hubo respuesta. Todo era muy raro. Por un momento se sintió en verdad desconectado del mundo. Sus únicas dos referencias con el mundo real no estaban disponibles para él. Gorat no tenía internet ni ningún medio de



comunicarse con alguien más que el teléfono y sus dos contactos, así que sabía que la posibilidad de que saliera al exterior de su casa era grande, y eso no era de su agrado.

Pasaron un par de días y siguió haciendo intentos de llamadas, pero sin ningún éxito. Inclusive llamó a otros lugares para ver si alguien le daba una respuesta, pero nadie contestaba. Al tercer día se armó de valor para salir por sus víveres y ver por qué no tenía respuesta ni de la tienda ni de sus padres. Hacía mucho que no salía, su vida entera era su pequeña casa y todo lo que en ella hacía, pero dependía de muchos insumos del exterior para sobrevivir. El primer paso fue el más difícil, ese que dio después de abrir la puerta; el segundo y los subsecuentes se dieron por sí mismos.

No tenía vecinos cerca. Su casa estaba en las afueras rodeada de árboles y campos de siembra. Cuando comenzó a acercarse a las primeras casas notó que todas las puertas estaban cerradas, el césped de los jardines y la hierba de los campos estaban muy altos; tampoco estaban los perros que usualmente se echaban fuera de las casas de sus amos dispuestos a ladrarle a todo el que pasara. Todo se notaba polvoso, como si nadie hubiera estado ahí por mucho tiempo. Su marcha comenzó a hacerse más lenta. Si bien no había salido por mucho tiempo, recordaba que el movimiento era más dinámico, siempre había gente en las calles, animales, ruido y vida. Observaba todo con detenimiento y asombro: era evidente que algo extraño estaba sucediendo, y él lo sabía, solo que no sabía qué.

Cuando llegó a la zona más poblada fue todavía más impresionante la imagen ante sus ojos: todo desolado, todos los comercios cerrados, nadie alrededor. Ni personas, ni animales, ni aves ni nada más que un misterioso silencio. Llegó hasta la tienda y, como todo lo demás, estaba con las puertas cerradas, con candados y apariencia de abandono. Se asomó por la ventana y vio que todo se encontraba desordenado y polvoso. Trató de forzar la puerta y el candado, pero una gran cadena amarraba las dos puertas principales. Se detuvo a pensar y decidió encaminarse a casa de sus padres. Cuando llegó ahí, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El jardín exterior tenía una hierba de casi un metro de largo. Ese bien cortado y regado césped que su papá siempre cuidaba, ahora lucía como un terreno abandonado. Se acercó a la puerta para intentar abrirla, pero se encontraba cerrada. Gritó a sus padres y no tuvo ninguna respuesta. Se dirigió al pasillo lateral que conducía al jardín posterior, saltó la pequeña puerta del pasillo y fue a la maceta junto a la columna de la puerta que daba a la cocina. Ahí guardaban una llave de la entrada, por si algún día había necesidad de usarla. La encontró fácilmente y la introdujo en el cerrojo. Cuando abrió, las bisagras rechinaron por falta de uso. Llamó a sus papás con voz fuerte, pero no hubo respuesta. Todo estaba como sus padres lo tenían, solo que polvoso y oscuro por las cortinas cerradas. Buscó por toda la casa y no encontró nada que le



podría dar una pista de lo que había sucedido. Se sentó a meditar lo que estaba viendo y viviendo, nada parecía real. ¿Qué había pasado? No lo sabía. Inhaló profundamente, se levantó y se dirigió a la despensa, puso en una mochila todo lo que pudo y que todavía servía para comer y juntó algunas herramientas y cosas de limpieza. Recordó que su papá guardaba en la cochera todos los diarios desde hacía muchos años. Eso le podría dar una pista. Cuando llegó, efectivamente vio los diarios, pero el último era de casi dos meses atrás, y las noticias que aparecían en los últimos números eran espeluznantes: hablaban de una pandemia.

Tomó el último ejemplar, se sentó en unas viejas cajas y lo leyó cuidadosamente. Era terrible lo que había sucedido: un gran virus había azotado al mundo entero. Mencionaba también un lugar llamado “La isla refugio” Un lugar que al parecer estaba libre del virus y donde mandaban a todas las personas que todavía no estaban contagiadas. “Pero ¿y los contagiados? ¿Dónde están los enfermos?”, se preguntó Gorat. No encontró respuesta de dónde se hallaban los enfermos o los curados, o los que no pudieron escapar a “La isla refugio”. Tenía muchas dudas, pero paso a paso todo se iba aclarando. Recapituló entonces: un virus llegó, todas y todos fueron vulnerables a ser contagiados, al parecer era un virus terriblemente mortal, algunos escaparon, pero ¿y los demás? ¿Por qué este abandono a la vida que tenían? Dobló los últimos números y los metió en su maleta. Tenía que averiguar lo que había pasado con el mundo.

Gorat recorrió todo el pueblo. Nunca se imaginó verlo así, en un total abandono. No había electricidad, por lo que checar computadoras o videos era imposible. Se enfocó en buscar cualquier cosa que le diera más pistas. Él por naturaleza era solitario y no gustaba del contacto social, pero extrañaba a la gente. Se sentía por primera vez realmente solo, sabía que la especie humana necesitaba a los otros para subsistir como raza, cada quien con su oficio hacía crecer a la sociedad, avanzando cada generación de manera exponencial en todas las ciencias, tecnologías y artes, por lo que se puso a pensar: ¿Y ahora? ¿Quién va a producir toda la comida, las herramientas que necesito? ¿Y si me enfermo? Y por esa última pregunta que se planteó quedó aterrado. Se puso a pensar en el virus. ¿Y si ese virus todavía sigue aquí?

—¡Y yo tocando todo y andando como si nada! ¿Y si estoy contagiado? —pensó.

Inmediatamente y de manera instintiva comenzó a correr hacia su casa. Empezó con un ligero trote que fue acelerando hasta correr a grandes zancadas y a su máxima velocidad. No paró hasta llegar a la puerta de su casa, abrió agitado y entró rápidamente. Apoyó sus manos en sus rodillas y comenzó a recuperarse. Pero su descanso se colapsó por la idea inmediata que le cruzó por la mente al pensar que el virus podría estar pegado en su ropa, así que se quitó todo lo que traía encima y lo arrojó por la ventana, se dirigió al baño de puntitas evitando tocar algo, se metió y se dio un baño de agua muy caliente. Él nunca notó la



falta de electricidad y de agua. Tenía su propio pozo y un generador eólico que le proporcionaba lo poco que gastaba de energía, incluyendo el agua caliente. Se talló todo el cuerpo por un largo rato, salió de la ducha y se asomó por la ventana. Como si alguien lo acechara allá afuera, no quería volver a poner un pie ahí. Se dirigió al sillón y se echó a llorar como un niño desconsolado.

Tenía que sobrevivir ahora encerrado en su casa, él solo y sin nadie más. Solo saldría a cuidar del huerto y del pozo de agua. Comenzó una estructura de vida similar a la que tenía, ya que no estaba el salir a la calle dentro de su rutina. Pero el saber que no tendría lo que necesitaba para vivir como antes lo obligó a generar nuevas formas de hacer las cosas. Tarde o temprano la bomba de agua del pozo necesitaría un servicio mecánico, al igual que su generador eléctrico, así que idearía nuevas formas para que pudieran trabajar manualmente. Sus jabones y líquidos de limpieza tendrían que ser fabricados por él, al igual que si requiriera nuevas prendas. Aunque escribir y dibujar era lo que más le gustaba hacer, ya no necesitaría hacerlo por trabajo. Seguramente había dejado de recibir su pago desde hace un par de meses, pero nunca iba al banco a checar sus fondos: el dinero ya no le serviría.

Así pasaron varios años y Gorat se convirtió en un maestro de la autosustentabilidad. Creó un sistema donde no requería de nada ni nadie más que de lo que tenía. Sin embargo, se sentía solo y se preguntaba por el paradero del resto de la humanidad y sobre el virus. Su duda se fue incrementando y cada vez tenía una necesidad mayor de saber si el virus seguía ahí y si alguien más había llegado al pueblo. Decidió que saldría al pueblo a dar un recorrido de reconocimiento para ver la situación del exterior. Ideó y creó un traje con todos los plásticos que encontró, con el fin de estar protegido del virus o de cualquier amenaza que pusiera en riesgo su vida.

Llegó el día de poner los pies más allá de su jardín. Hacía años de esa última salida en donde encontró una desolación y abandono total en el pueblo, y ahora no tenía idea de lo que vería.

Vestido como un explorador espacial con un gran traje, salió, y cuando comenzó a acercarse a las primeras casas cercanas a la suya las notó en un abandono más drástico que la vez pasada: maleza creciendo sobre sus paredes y techos parecía mimetizarse con la vegetación de la zona, y pensó que el pueblo quizás se encontraría en peor estado. Cuando comenzó a vislumbrarse a lo lejos, no podía creer lo que veía: edificios nuevos y modernos parecían brotar de la superficie de la tierra. Entre más se acercaba iba viendo el movimiento que se generaba. Vio pasar una especie de automóvil, sólo que parecía flotar al ras del suelo y sus formas eran extremadamente angulares y aerodinámicas.

Llegó hasta las calles donde se levantaban los primeros edificios, relucientes y altos, que se imponían frente a él y a su mirada atónita. Más de esos automóviles



pasaban a grandes velocidades por todas partes. La gente iba caminando a paso veloz viendo y hablando con lo que parecía una libreta, pero con una pantalla, y muchos portaban audífonos de todos colores y tamaños. Solo algunos se detenían o volteaban a ver a Gorat y su extraño traje, y él seguía caminando y observando todo detrás de su casco protector. Llegó hasta lo que él conocía como el centro del pueblo, donde anteriormente se encontraban la alcaldía y un parque, pero ahora grandes edificios rodeaban un espacio pavimentado con una fuente circular inmensa en medio. Cuando llegó ahí y observaba todo, la gente comenzó a detenerse a observarlo, como si se tratase de un astronauta mal vestido. Cuando vio que la gente lo rodeó, él se quitó la máscara con cuidado y poniendo su atención en el olfato trató de percibir si notaba algo extraño, pero lo único que notó fue una combinación de olores extraños para él.

Y entonces preguntó:

—¿Qué pasó aquí?, ¿qué pasó con el virus y “La isla refugio”? ¿Qué año es?

La gente lo observó, y uno de ellos se acercó y le dijo que eso había sucedido hace mucho tiempo y que solo había durado unos meses. Le explicó que todas y todos se refugiaron en una isla para protegerse del virus, y este último, al no tener a quien contagiar desapareció. Sí hubo muchas pérdidas y cambios, pero todos los cambios habían sido favorables: los humanos habían aprendido a darle valor a todo y no a ponerle precio a todo; eran cosas muy diferentes. Antes del virus la gente se interesaba por el precio, pero ahora habían aprendido el valor de la amistad, el valor de respetar el trabajo que cada persona realiza, no importa cual sea, el valor que tiene cada bocado de alimento que se tiene, el valor de estar sano, el valor de poder salir al exterior. Son cosas a las que no se les puede poner precio, pero que son de un valor incalculable.

Al escuchar eso Gorat se hincó en el suelo y se echó a llorar tapándose el rostro con las manos enguantadas. Sentía un gran dolor y su llanto era lo único que escuchaba. Hasta que abrió los ojos y vio que estaba en su casa, acostado en el sofá de la sala. Quedó atónito ante la imagen, no sabía qué hacer. ¿Qué había pasado? De un salto se incorporó y salió al jardín. Así descalzo como estaba salió corriendo por la calle, llegó a casa de sus vecinos y unos perros salieron tras de él con sus clásicos ladridos, siguió corriendo y vio que las casas estaban como antes, con céspedes verdes y podados, casas bien pintadas y cuidadas, gente caminando y sonriendo. Al primero que se topó fue a un vendedor de frutas que circulaba por ahí. Con el aliento cortado le preguntó qué había sucedido con el virus. Le preguntó la fecha, le preguntó sobre la isla, muchas preguntas sin dar tiempo a alguna respuesta. El vendedor, de manera amable, le respondió que se tranquilizara, que no había tal cosa, le dio la fecha y le dijo que todo estaba bien.

Gorat sonrió y comenzó a reírse imparablemente. Sabía que todo había sido un sueño, que el mundo seguía igual que antes. Pero él no se sintió igual, ya no

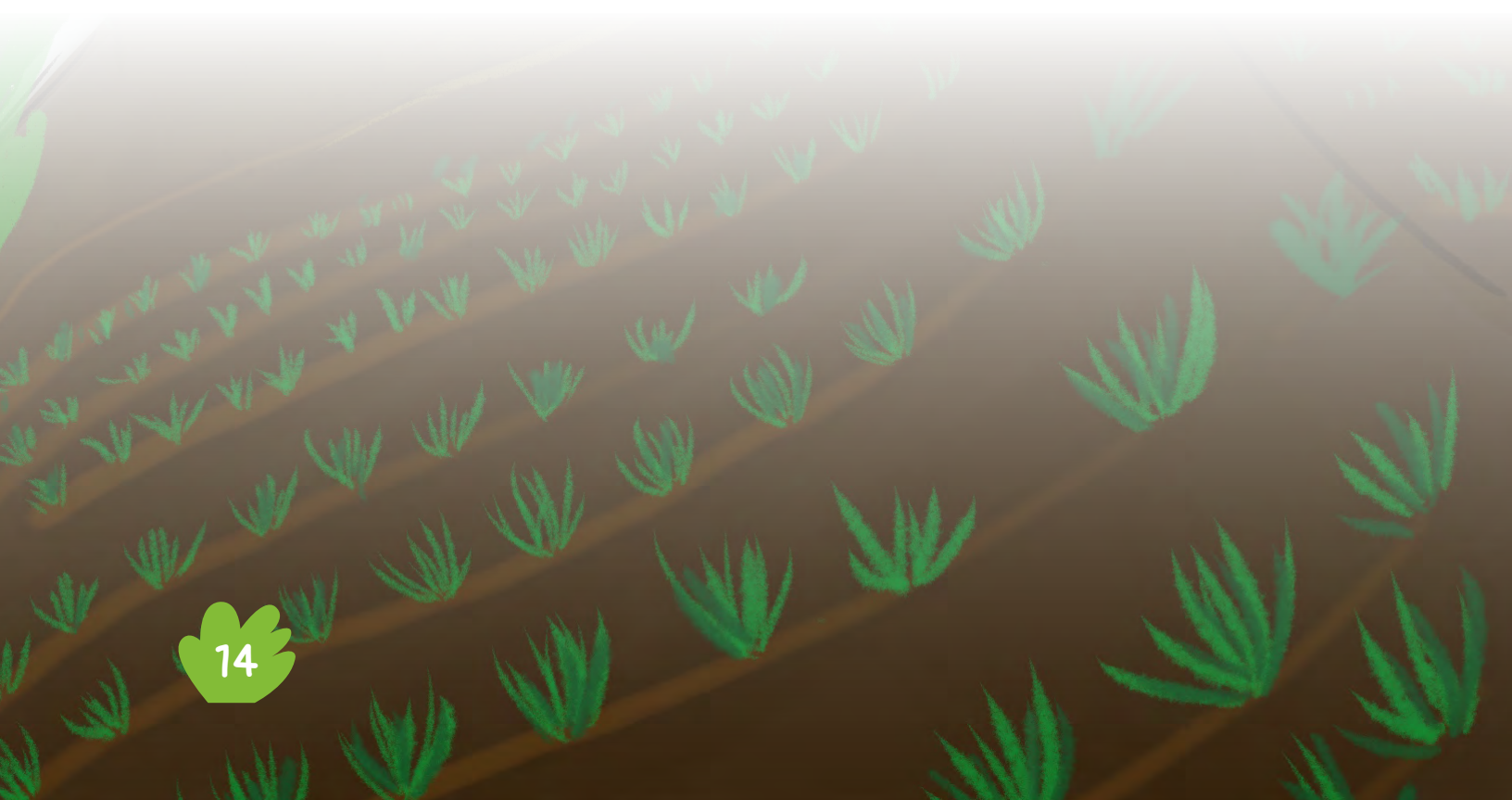


quería estar encerrado, su sueño fue muy real al igual que el sentimiento de abandono y soledad. Desde ese día dejó el exilio social autoimpuesto y comenzó a hacer su vida socializando, con contacto social, compartiendo y dejando que la gente compartiera con él. Su vida dio un giro total de como vivía antes. Ahora era alguien que disfrutaba y que no se fijaba en el precio de las cosas, sino en el valor de las cosas, de las personas y de los momentos.



Reflexiona

- ¿Tú qué hubieras hecho al verte solo en el mundo?
- ¿Cuál crees que sea la mejor solución para afrontar una pandemia?
- ¿Por qué crees que el contacto social es esencial para el ser humano?
- ¿Cuál crees que es la diferencia entre precio y valor?
- ¿Cuáles son las cosas, personas o situaciones que más valoras en tu vida?



En la isla del Marqués

Cuento para tercero y cuarto



En una isla remota alejada del continente, de un tamaño suficiente para permitirse tener un pequeño pueblo, sembradíos, selva y espacios para jugar y convivir, vivía una comunidad muy amigable. Todas y todos se conocían entre sí. Las familias eran amigas y todas se apoyaban. Cada uno se dedicaba a producir algo que era de beneficio para todos y lo intercambiaban por lo que necesitaban con los otros. Casi nadie salía de la isla. Hacía mucho tiempo que había salido un hombre, y fue por mera necesidad: tuvo que ir por una pieza de la caldera que se había averiado y no había forma de fabricarla en la isla. Pero fuera de situaciones como aquella, no había ninguna necesidad de salir.



En una isla remota alejada del continente, de un tamaño suficiente para permitirse tener un pequeño pueblo, sembradíos, selva y espacios para jugar y convivir, vivía una comunidad muy amigable. Todas y todos se conocían entre sí. Las familias eran amigas y todas se apoyaban. Cada uno se dedicaba a producir algo que era de beneficio para todos y lo intercambiaban por lo que necesitaban con los otros. Casi nadie salía de la isla. Hacía mucho tiempo que había salido un hombre, y fue por mera necesidad: tuvo que ir por una pieza de la caldera que se había averiado y no había forma de fabricarla en la isla. Pero fuera de situaciones como aquella, no había ninguna necesidad de salir.

Un día, unos chicos, mientras jugaban a la orilla de la playa vieron llegar un pequeño velero. Se acercaba lentamente empujado por el suave viento y las olas. Se detuvieron a observar hasta que el velero cruzó las últimas olas y llegó a tierra. De él descendieron un hombre, una mujer y dos pequeños, todos ellos muy agradables. Eran familia, eran muy parecidos entre sí, tenían el cabello rubio, ojos claros y una gran sonrisa. Eso llamó la atención de los chicos, que conocían esos rostros por los libros, pero nunca habían visto esas características en persona. La gente de la isla era de piel morena y de cabello oscuro. La risueña familia saludó a los chicos y estos inmediatamente se sintieron atraídos por los nuevos llegados. Los adultos vieron a lo lejos la llegada del velero y acudieron inmediatamente a ver de qué se trataba. El efecto de los extranjeros fue el mismo en los adultos que en los chicos: todas y todos se sintieron atraídos.

Toda la gente de la isla ofreció hospedaje a la familia recién llegada, les organizaron un gran festín esa noche, grandes manjares de exquisitos platillos del lugar, tambores, fogatas, bailes y muchas risas y cantos. La celebración duró hasta tarde. Compartieron copas y platillos y bailaron abrazados unos con otros. Al otro día, después de un prolongado descanso y un gran y apetitoso desayuno, la familia partió rumbo a su destino, y las y los isleños los despidieron con grandes risas y alegrías. Había sido una gran noche y una gran sorpresa la llegada de esa familia.

Pocos días habían pasado desde aquel evento cuando la gente comenzó a enfermarse. No fue una persona, sino varias, y empezaron con síntomas similares. Menores, adultos y adultos mayores caían enfermos por igual: fiebre, tos, náuseas y dolores descomunales de cabeza eran los síntomas más sobresalientes.

Los médicos del lugar se reunieron y llegaron a la evidente conclusión de que los extranjeros que habían llegado de visita habían traído una enfermedad, no con intención de hacerlo, pero había sucedido. Lo más probable era que ellos ni siquiera sabían que portaban un virus y que seguramente a ellos no les afectaba, pero ese virus por alguna razón encontró un ambiente ideal en las y los habitantes de la isla, haciendo que fueran cayendo de uno en uno en segundos.



¿Cómo lo resolverían?, ¿cómo se desharían del virus? No lo podían ver, atacaba sin darse cuenta. La gente sabia del pueblo se reunieron y aportaron sus mejores ideas, pero el consenso llegó a que la mejor solución sería con un aislamiento social:

—Si todas y todos nos encerramos y dejamos de convivir con las y los demás, el virus no tendrá a dónde ir. Los que están infectados no podrán transmitir ese virus, y así este, sin encontrar otros cuerpos donde reproducirse dejará de existir —dijo el gran líder isleño—. Yo sé que traerá consecuencias que no queremos. No podremos convivir con nuestros amigos o familiares, no podremos ir a trabajar ni hacer lo de todos los días. Tendremos que sobrevivir con lo que tengamos en lo que todo esto termina. Es la única manera de eliminar a este enemigo invisible, pero que tanto daño nos hace.

Y así pasó el tiempo. Todas y todos se encerraron en sus casas, juntaron víveres y todo lo necesario para pasar un periodo indefinido sin salir. A lo lejos la isla parecía de lo más normal, llena de vegetación, rodeada de un mar celeste y arenas blancas y suaves, muchas palmeras y cocos y una belleza extraordinaria. Pero la vida humana estaba detenida, todos en sus casas encerrados, sin recibir el sol, sin tomar aire fresco, esperando a que la terrible amenaza desapareciera.

Era de esperarse que a la falta de humanos en las calles, los animales recobran su anterior territorio. Comenzaron a llenarse de vegetación. Las aves, mapaches, ardillas y venados andaban libremente por toda la isla, y por las costas miles de peces, tortugas y mantarrayas recobran su hábitat natural, mientras los humanos solo observaban lo que sucedía a través de las ventanas de sus casas. Casi un año pasó desde que se cerró la última puerta antes de que se abriera alguna para asomarse al exterior. El gran líder fue el primero en dar ese gran paso. Con mucho temor pero a paso valiente abrió su puerta y puso un pie fuera. Respiró hondamente para ver si percibía algo extraño, pero el aroma era como antes, esa frescura de la brisa del mar presente en el ambiente combinado con las flores y vegetación. Caminó sigilosamente hasta llegar a la primera esquina. Una desolación total era lo que veía. Recorrió el pueblo durante un largo rato.

Después de su larga caminata, llegó a la iglesia, donde se encontraban reunidos ya la mayoría de las y los adultos del pueblo y les dijo:

—Señoras y señores, parece que todo está bien, no percibo algún problema. Hay mucha vegetación y los animales andan libremente por el pueblo, pero no parece haber nada que nos pueda perjudicar. Hemos estado encerrados casi un año y ninguno de nosotros ha vuelto a enfermarse. Estoy más que seguro de que estamos libres del problema, así que podemos volver a nuestra vida habitual.



La orden fue dada y la gente salió de sus casas. Cuando salieron quedaron deslumbrados por los rayos del sol, a los cuales ya sus ojos no estaban acostumbrados. Recorrieron las calles, regresaron a sus negocios, limpiaron de manera cuidadosa todo el pueblo. Después de haber vivido el encierro en carne propia, sus sentimientos hacia la naturaleza y los animales cambiaron. Mostraron respeto por la vida y la vulnerabilidad de esta, y arrepentimiento por cómo anteriormente ellos habían arrasado con árboles, cazado y pescado indiscriminadamente, maltratado a la naturaleza, contaminado el ambiente y no haber sentido empatía con la vida natural. Sentirse vulnerables los hizo hacer conciencia de la fragilidad de la vida y de cómo una acción conlleva a una consecuencia. Así que podaron de manera cuidadosa la nueva vegetación en las calles, permitiendo el paso de ellos. Respetaron también a los animales que se encontraban ahí. Se encargaron de mantener un sistema de reutilización de desperdicios y de no dañar el ambiente ni contaminarlo de ninguna manera.

Poco a poco fueron recuperando su estilo de vida; su fuerza y vitalidad también la fueron recobrando. Sin haber tenido actividad física, con pocos alimentos y sin los rayos del sol y sus baños en el mar, su sistema inmunológico había disminuido y se enfermaban con facilidad, pero con sus haceres diarios y un nuevo estado de ánimo volvió la vida a la normalidad, solo que de manera mejorada, no solo para las isleñas e isleños, sino para toda la isla, su naturaleza y fauna y todo el ambiente que ahí se generaba. La llegada de la familia extranjera en un principio fue una fiesta, luego una tragedia, y al final se convirtió en algo de gran beneficio que generó el gran cambio en la Isla.

- ¿Crees que hace falta algo similar a lo que pasó en la isla para que la gente cambie y respete la naturaleza?
- ¿Qué sugerirías para poder tener una vida productiva y que al mismo tiempo no dañe al medio ambiente?
- ¿Qué otra forma se te pudiera ocurrir para enfrentar un virus como el que llegó a la isla?



El cementerio que creció

Cuento para tercero y cuarto



Resulta que hace algún tiempo, en un lejano poblado del sur de América, sucedió algo que parecía común, pero que terminó afectando al mundo entero.

En ese poblado la gente trabajaba y disfrutaba de sus familias como casi todo el mundo. Se encontraba situado entre las montañas más altas, en un valle muy extenso con un gran lago de agua dulce, bosques y hermosas vistas. Todo funcionaba como en otros lugares: unos hacen unas cosas y otros otras, y cada uno vende su producto o servicio para adquirir dinero, y así comprar otras cosas o servicios. En el pueblo, como en muchos otros, había varias tradiciones, pero en este pueblo había una muy especial: cada año celebraban una gran fiesta en conmemoración de la gran vida que tenían: era el día de la vida. Irónicamente, se



sacrificaban muchos animales para preparar los platillos de la fiesta. Había carne de cordero, res, cerdo, pollo, pescado, pavo y hasta serpientes. Una semana antes de la fiesta todos los hombres y todas las mujeres salían de cacería para llevar al pueblo los animales, y así las personas encargadas de la cocina tenían tiempo para preparar el delicioso y succulento menú.

La tradición también incluía que al terminar la fiesta todos los desechos de comida fueran arrojados al desfiladero para que así alimentaran a otros animales. Era demasiada comida la que se arrojaba cada año. La gente del pueblo nunca bajaba a las faldas de la montaña, donde quedaban los restos de comida. Si hubieran ido, es muy seguro que hubieran cambiado de idea sobre arrojar ahí sus desechos.

El ambiente ahí abajo era de podredumbre: cadáveres y restos de animales por todos lados, insectos y gusanos en grandes cantidades, aves carroñeras rescatando las sobras que podían. Algunos otros animales que se internaban en ese cementerio de desperdicios no lograban salir, ya sea porque eran atacados por las ratas o buitres, o simplemente porque comían carne tan podrida que enfermaban y caían para ser devorados. La acumulación de desperdicios durante tantos años generó un ecosistema nuevo pero anormal. Los gases que desprendían los cadáveres, el clima, la vegetación y todas las variables crearon un ambiente nocivo para la salud. La ventaja, al menos por un tiempo, fue que nadie se acercaba. No porque supieran lo que ahí sucedía, sino porque era en lo profundo de las montañas, entre picos y cumbres empinadas, donde realmente no había por qué ir.

Un día no tan bueno para la historia, una gran tempestad se aproximó al poblado. Todas y todos se resguardaron en sus hogares, cerraron puertas y ventanas y aseguraron sus propiedades. Vientos muy fuertes azotaron la zona; los árboles eran arrancados de raíz y volaban por los aires; las piedras volaban a la velocidad del viento convirtiéndolas en peligrosos proyectiles. El viento movió todo de su lugar, todo parecía un caos, pero al estar todas y todos resguardados ninguno salió herido.

Al pasar la tempestad y cuando el sol bañó nuevamente el valle con sus rayos, la gente salió de sus hogares y refugios. Estaban contentos por estar ilesos, pero también sabían que tenían un arduo trabajo por hacer para limpiar y reconstruir. Al paso de los días, mientras iban terminando de arreglar los desastres de la tempestad, la gente comenzó a enfermarse. No uno, sino varios. Tenían los mismos síntomas: fuertes fiebres, dolores de cabeza y de estómago. Las y los doctores del pueblo, que eran pocos, no sabían lo que tenían: parecía una enfermedad nueva, inclusive alguno de los médicos cayó enfermo. Así que una comitiva fue en búsqueda de algunas y algunos doctores de otros pueblos cercanos. La comitiva se dividió para ir al mayor número de pueblos y traer ayuda



rápidamente. Muchos regresaron al poblado con doctores para ayudarlos, pero otros no pudieron regresar: cayeron enfermos en el camino o en los pueblos donde llegaban.

Lo que sucedía era terrible. Diariamente aumentaba el número de enfermos, los doctores nuevos no sabían qué hacer. Algunos regresaron a sus pueblos y otros se quedaron a ayudar. El ir y venir de la gente, entre doctores y comitivas, solo hizo que la enfermedad se dispersara, ya que se trataba de un virus. Un virus anteriormente desconocido, pero que fue formándose al paso de los años en un ambiente perfecto: el desfiladero donde caían los restos y desechos, y fue por la tempestad que los fuertes vientos revolotearon todo el microecosistema esparciendo el virus por las cercanías. El virus se acopló perfectamente al ser humano, y se propagaba muy fácilmente con el simple contacto de persona a persona.

La velocidad con la que el virus se estaba extendiendo era impresionante. Las noticias de lo que sucedía llegaron rápidamente a las grandes ciudades. Las y los líderes se reunieron inmediatamente y tomaron acciones determinantes. Acordaron que la gente que había estado en las regiones afectadas permaneciera forzosamente encerrada, y no solo ella, sino las personas con las que había tenido contacto. Cerrarían todos los caminos que vinieran y fueran a esa zona. Se detuvo el comercio y transporte de cualquier producto o persona entre regiones, y la gente de las ciudades se resguardó para evitar el contacto del uno con el otro.

Así pasaron tres semanas. La vida parecía haberse detenido. Todas las ciudades y pueblos en silencio, como si un gran monstruo invisible acechara las calles esperando a que alguien saliera para devorarlo; y prácticamente así era: una gran amenaza para la existencia humana. A la cuarta semana y al ver que nadie más había caído enfermo, se decidió reanudar la actividad en las ciudades, pero el transporte y comercio de la zona donde inició el virus seguiría cerrado por mucho tiempo. Los caminos fueron bloqueados y resguardados por guardias.

Lo que sucedió en el poblado fue terrible. La mayoría no logró sobrevivir, la vida casi desapareció. El siempre bien cuidado poblado parecía un pueblo fantasma, solo pocos vivían ahí. El virus se había extinguido. Al no haber nadie más a quien contagiar se desvaneció, dejando solo un recuerdo amargo. Tardó mucho tiempo en recobrase la vida habitual en el poblado, pero nunca fue lo mismo. Lo que sí, es que su caso fue ejemplo para todo el mundo. Todo lo que hagamos, aunque no lo veamos, tendrá una repercusión contra nosotros. El cuidado del ambiente era ya una prioridad, porque de él dependía el frágil equilibrio de los ecosistemas y de la vida misma.



Reflexiona

- ¿Qué acciones que toman los seres humanos hoy en día crees que afecten al medio ambiente, sin que nosotras y nosotros mismos nos demos cuenta?
- ¿Qué acciones haces que sabes que dañan al medio ambiente, pero que sin embargo las sigues haciendo?
- Si supieras que algo que haces, consumes o compras es nocivo para el medio ambiente, ¿lo seguirías usando?



Ciudad de bichos

Cuento para primero y segundo



Rudy es un bicho muy intrépido. Vive en la zona de los juegos del parque, le encanta andar por los charcos y pasear por todo el lugar, y le fascina aventarse por las resbaladillas. Claro, tardando mucho tiempo en llegar hasta abajo, porque Rudy es muy pequeñito, tan pero tan pequeñito que los ojos del ser humano no lo pueden ver. Las y los niños pasan corriendo a su lado, dando enormes pisadas. Algunas veces ve acercarse sus enormes manos, pero él es muy pequeño, así que siempre sale bien librado.

Pero un buen día, mientras paseaba por un tubo de una escalera de los juegos, vio de repente que una sombra inmensa se acercaba a él a gran velocidad. No le dio tiempo de escapar. Sintió cómo su pequeño cuerpo se quedaba pegado



a esa enorme mano. Quería salir de ahí y regresar a su lugar, pero no podía despegarse. Así que comenzó a explorar el nuevo sitio. No le pareció nada mal: había el lodo que tanto le gustaba. Luego encontró a otros bichitos; parecía que vivían muy felices, muy tranquilos, contaban que muy de vez en cuando caía una tormenta que arrasaba casi con todo, pero hacía mucho tiempo que eso no ocurría y ahora vivían en paz, creciendo y reproduciéndose libremente. Toda y todos le dieron una cálida bienvenida a Rudy, celebraron y rápidamente se integró a su nueva vida.

Al paso de un tiempo ya había formado una familia. Cada vez eran más bichitos los que vivían en esa enorme superficie lodosa e ideal para ellos. Entre ellos había algunos que comentaban que ya eran muchos, y que tenían que respetar el lugar donde vivía, porque si bien no había caído una gran tormenta y estaban bien, si seguían reproduciéndose tan rápido y sin cuidar el lugar donde vivían, la tormenta podría llegar.

Mientras tanto, en el mundo humano y no de bichitos, Carlitos jugaba en su cuarto con todos sus juguetes, saltando y corriendo por todos lados, cuando de repente sintió un dolor muy fuerte en el estómago. Llamó a su mamá pidiendo ayuda. La mamá inmediatamente llamó al doctor para que acudiera a verlo. Cuando el doctor llegó y lo revisó, lo primero que vio fueron unas manos tan sucias como el piso de la calle.

—¡Carlitos!, ¿desde hace cuánto no te lavas tus manos? Seguramente tienes una infección estomacal. Una mala higiene te va a causar enfermedades. Lo primero que tienes que hacer es lavarte esas manos, después le daré la medicina a tu mamá para que te la dé cuando te toque. Y nunca vuelvas a tener las manos así de sucias por mucho tiempo. Es normal que se te ensucien, pero hay que lavarlas cuando terminamos una actividad y al comenzar otra nueva.

—¡Sí doctor, se lo prometo! —respondió Carlitos.

Carlitos fue llevado al lavamanos y el doctor le explicó cómo lavarse correctamente las manos. Varias veces las frotaron para que se despegara por completo el lodo. Por todas partes tallaron el jabón, entre los dedos, la palma, las puntas, uñas, toda la mano completita hasta las muñecas. Después el doctor le aplicó un gel antibacterial. Sus manos lucían como nuevas, relucientes y olían muy bien. Carlitos se sentía orgulloso de ser alguien limpio.

Mientras tanto, en la palma de la mano no quedaba nada, la gran tormenta había llegado. Mientras Rudy paseaba con sus centenares de hijos recolectando lodo y mugre vieron caer las primeras gotas, después fueron chorros nunca antes vistos, luego la gran ola. Las casas, los lodazales, la gran comunidad que habían formado se esfumó en un segundo. No quedó nada, pero sí dejaron rastro: en el



cuarto de Carlitos había ya algunas familias de bichitos viviendo. Al tocar él con las manos sucias sus juguetes, Carlitos dejaba pegado alguno que otro bichito. Estos se reproducían con facilidad. Pero una de las recomendaciones del doctor fue limpiar todos sus juguetes y superficies habitualmente, así que lo más seguro era que junto con su mamá limpiaran todo para quitar cualquier rastro de bichitos.

Carlitos es el desafortunado chico que tocó el tubo donde Rudy paseaba. Su mano era el hogar de miles de bichitos. Sus lavados de manos eran rápidos y casi no usaba jabón, por eso para los bichitos no había ocurrido ninguna tormenta y fue creado un gran medio ambiente para ellos. Pero desde ese dolor de estómago y la visita al doctor, Carlitos se convirtió en un chico limpio que se ensuciaba como cualquier otro niño y se enlodaba y raspaba, pero siempre se lavaba las manos al terminar de jugar, no lo dejaba para después. La importancia de lavarse las manos era por su salud y nada más.



Reflexiona

- ¿Por qué crees que la mamá o el papá de Carlitos no le decían nada por tener las manos tan sucias?
- ¿Cada cuánto te debes lavar las manos?
- Además de tus juguetes, ¿qué otras cosas se pueden lavar y desinfectar en casa?

Haz una lista de todos los lugares posibles donde crees que pueda haber muchos bichos.

Recuerda que el aseo personal es el primer paso para una buena salud.



Ni tanto ni tan poquito

Cuento para primero y segundo



Hace no mucho tiempo, sucedió en un pueblo algo que llamó mucho la atención de los pobladores.

En la escuela, donde había una gran diversidad de niñas y niños, no solo por edad o género, sino por gustos, rasgos y personalidades, había obviamente algunos que sobresalían ante sus compañeros por alguna característica en particular. Clino y Teo eran de esos chicos. Sus rasgos más distintivos eran que al ser tan distintos el uno del otro que prácticamente eran los opuestos perfectos. Teo era un chico impecable; siempre limpio, su cabello brillaba como si fuera un muñeco de cera o porcelana, su rostro inmaculado sin rastros de polvo o mugre, sus dientes parecían deslumbrar cuando sonreía, sus manos desprendían una fragancia a jabón todo



el tiempo, su ropa planchada y sin la menor mancha, sus zapatos brillaban de lo bien lustrados que siempre estaban. Era un chico de aparador. Por el otro lado, su opuesto era Clino; un chico de buenos buenos sentimientos, agradable, estudioso, pero con un aspecto que denotaba una carencia de cuidado personal. Su cabello no había sentido la presencia de un peine por mucho tiempo: ya había una bien establecida colonia de piojos ahí, su cara tenía siempre chocolate de días pasados alrededor de los labios, sus dientes ya no contenían el blanco que alguna vez existió ahí, sus manos parecían las de alguien que trabaja en una mina de carbón, su ropa que la había recogido de la basura. Clino era lo opuesto a la limpieza.

Eso que tanto llamó la atención de los pobladores del pueblo fue una epidemia de gripe que entró a la comunidad. De repente, varias personas comenzaron a caer enfermas. Era una gripe como cualquiera, y por consiguiente, la gente tenía que tomar sus precauciones de limpieza y salud. En la escuela tomaron las medidas correspondientes y mantenían aseados a todas y todos las niñas y niños: les limpiaban seguido las manos y todas las áreas eran desinfectadas seguidamente. Las y los maestros esperaban que el primero en caer enfermo fuera Clino, ya que sus hábitos de limpieza eran muy malos y los bichitos encontrarían ahí un refugio ideal. Pero no fue así, el primero de toda la escuela fue Teo. Todos se sorprendieron. ¿Cómo era posible que el chico más limpio de toda la escuela se enfermara? Ningún bicho podía siquiera acercarse a su persona, estaba rociado de todo tipo de productos que lo mantenían impecable.

Teo cayó terriblemente enfermo. Varios días se la pasó muy mal. Fuertes fiebres y dolores lo acechaban; él quería estar sano. El doctor sabiamente llegó a la conclusión de que Teo había enfermado precisamente por un exceso de limpieza. Nuestro cuerpo aprende a combatir enfermedades gracias a los bichitos no tan dañinos que entran todos los días a nuestro cuerpo, a través del aire; de tocar superficies; de jugar en la tierra, piso, lodo, pasto; de acariciar animalitos; de tener una vida normal. El mundo está lleno de bichitos y dependemos de ellos para hacernos más fuertes. Si no los dejamos entrar en nuestro cuerpo, este no sabrá cómo defenderse cuando llegue una enfermedad más severa.

—¿Y entonces, doctor? ¿debemos ser sucios y nunca bañarnos, como Clino?
—preguntó Teo.

—Por supuesto que no, niño. Hay que ser limpios, pero hay que dejarnos ensuciar. Lo más normal como niño es poder ensuciarse libremente, jugar con tierra y animales. Todo eso hará que tu cuerpo esté en contacto con la naturaleza y con bichitos que te van a dar mucha fortaleza para estar sano, pero siempre debes mantener el aseo, una vez terminadas tus actividades y antes de comer y dormir debes asearte muy bien tus manos, con agua y jabón. Y eso de ser como Clino, créeme, no es buena opción. Él ahora está también en el hospital. Tiene muchos bichitos en el estómago por no lavarse las manos



antes de comer y se la está pasando muy mal; parece que ha recapacitado sobre sus hábitos de limpieza.

Una vez curados, los dos menores dejaron atrás sus extremos: ni Clino fue tan sucio ni Teo tan limpio. Ambos llegaron a un punto medio en donde, como niño, es normal ensuciarse, pero como humanos sabemos lo perjudicial que puede ser si no nos aseamos correctamente, así que las prácticas de limpieza se volvieron parte de sus extremos juegos con lodo y tierra.



Reflexiona

- ¿Cuáles son todos tus hábitos de limpieza?
- ¿Cuáles son las cosas más importantes que hacer para evitar contagiarse de alguna enfermedad?
- ¿Qué le enseñarías a una niña o a un niño más pequeño que tú sobre los hábitos de limpieza?





DERECHOS DE LA NATURALEZA

Es hacer hincapié en el autodomínio en dos áreas de la vida de suma importancia: el control de impulsos y la automotivación.

Como seres humanos habitamos este planeta conviviendo en sociedad, con reglas y normas que seguir y acatar. A lo largo de la historia hemos formado una serie de leyes que nos protegen como individuos, grupos y sociedades. También protegen lo que hacemos, lo que trabajamos, lo que poseemos y a quienes queremos. Esas leyes cambian de región en región, modificándose acorde a las necesidades, peticiones y exigencias de cada lugar. Esas leyes son las que nos permiten tener seguridad, beneficios como ciudadanos, protección ante cualquier amenaza o situación que nos ponga en peligro. Igualmente, hacen justicia cuando se cometen actos cuyas acciones son adversas a las leyes establecidas, o cuando se intentan romper o simplemente no se les respeta. Las leyes contienen lineamientos de comportamientos y acciones que debemos seguir. Cuando alguien no sigue las leyes, las y los jueces, que son los encargados de impartir justicia, deciden las consecuencias para aquel o aquellos que las incumplen.

Todas las leyes que nos dan protección han surgido por la intención de hombres y mujeres que han luchado para que las y los gobernantes establezcan leyes justas, con beneficio a las personas y a la sociedad en general, con el objetivo primordial de que haya bienestar, respeto y paz.

Conforme el tiempo pasa, nosotras y nosotros como seres humanos evolucionamos. Nuestro desarrollo científico, tecnológico y de conciencia crece de manera exponencial. El flujo de información está prácticamente al alcance de cualquier persona viviendo en la civilización moderna. La rapidez con la que podemos obtener datos de cualquier tema o especialidad es inmediata. Inclusive no muchos años atrás, en el siglo pasado, el flujo de información no tenía la velocidad que tiene ahora, donde un documento o archivo de cualquier tipo llega al instante de un extremo del mundo al otro. Esa velocidad de compartir información nos ha dado la oportunidad de evolucionar más rápido y con mayor conciencia.

La apertura de conciencia nos lleva precisamente a concientizarnos sobre la gran responsabilidad que tenemos como especie dominante en este planeta para protegerlo. Se ha tenido la idea errónea de que por ser la especie superior estamos por encima de todo, sin respetar la vida animal, ni vegetal ni de cualquier tipo. Y es totalmente lo contrario: al ser las y los “Hermanos mayores” de especies habitando en este planeta, nuestra responsabilidad es cuidarlo y protegerlo. Y así como la historia nos ha enseñado que la creación de leyes es necesaria para que el ser humano tenga consecuencias al no cumplir los lineamientos de



comportamientos y acciones que son favorables para un mejor desarrollo social y personal, es también necesario crear esas leyes para proteger a la naturaleza y todo lo que la comprende.

Actualmente ya se ha visto una evolución con respecto a las leyes que protegen a la naturaleza y que varían dependiendo cada país y región, pero en general va en pro de cuidar a los animales, árboles, reservas y todos los seres vivos. Pero todavía no es suficiente. La naturaleza merece los mismos derechos que nosotros. Se deben aplicar las mismas leyes y las mismas consecuencias para aquellos que transgredan el bienestar de la naturaleza, porque es incomprensible que hoy en día el ser humano no logre entender que al dañar el planeta, está dañando a su casa, y por ende, su vida. Sin este planeta no hay lugar a donde ir. Sin este planeta, por más recursos económicos que se tengan, no hay manera de sobrevivir. El planeta nos brinda absolutamente todo lo que necesitamos y más. Nos da alimento, oxígeno, agua, un lugar donde vivir, materiales para hacer absolutamente todo lo que tenemos, y aun así hay gente que sigue pasando por encima de él. Implementar y establecer leyes formales que protejan a la naturaleza será la única forma de seguir conservando nuestro hogar.



Reflexiona

- ¿Cuáles son las acciones más nocivas que consideras que el ser humano en general le hace a la tierra?
- Platiquen en familia o en grupo cuáles son las consecuencias para aquellas y aquellos que transgredan las leyes dañando a la naturaleza.
- Comenta con tus hijas, hijos o grupo sobre qué estrategias se pueden implementar, además de las consecuencias legales por no cumplir las leyes.

Haz una lista de las cosas que consideras maltrato animal.

- De esa lista ¿hay algo que tú haces?
- ¿Qué opinas y qué sabes sobre el vegetarianismo, veganismo y no comer carne?

Sin sintonía

Cuento para primero y segundo



El verano pasado, en la excursión anual de la primaria del estado, las y los profesores eligieron visitar las montañas y volcanes cercanos a la ciudad. Seleccionar uno de los bosques más bonitos al lado de un lago, en donde pasarían dos días conviviendo entre ellos y con la naturaleza.

El verano pasado, en la excursión anual de la primaria del estado, las y los profesores eligieron visitar las montañas y volcanes cercanos a la ciudad. Seleccionar uno de los bosques más bonitos al lado de un lago, en donde pasarían dos días conviviendo entre ellos y con la naturaleza.



A este campamento asistieron alumnas, alumnos, profesoras, profesores, madres y padres de familia. Se reunieron desde muy temprano afuera de la escuela para abordar los camiones que los llevarían al lugar. Cada grupo abordó un camión, siendo un total de seis camiones repletos de niñas, niños, papás, mamás, maestras y maestros muy contentos por la aventura que les esperaba.

Poco a poco iban saliendo de la ciudad y lo gris de las construcciones que veían ahora eran campos verdes, montañas y muchos árboles. Al adentrarse en el camino en medio del bosque, los seis camiones se seguían muy de cerca a alta velocidad. El silencio del bosque se vio interrumpido por el estrepitoso sonido de los vehículos. Una gran nube de polvo se formaba tras los camiones, haciendo que todas las aves a lo largo del paso del camino salieran despavoridas. Los roedores y mamíferos del bosque nunca habían visto algo así. Hubo un mapache que se quedó parado a mitad del camino viendo cómo se le acercaba el primer camión, pero afortunadamente otro mapache lo jaló rápidamente para apartarlo del camino y evitar que fuera aplastado, ya que el chofer no disminuyó la marcha de su andar.

Llegaron al lugar para acampar y detuvieron los camiones junto al camino. Tuvieron que abrir paso aplastando alguna vegetación de poco tamaño para no obstruir la vía y dejar libre el paso.

Las niñas y niños se bajaron estrepitosamente, corriendo, saltando, gritando, con una alegría desbordante y contagiosa. Recorrieron todo el lugar. Era un lugar muy pacífico. Los animales se acercaban al lago a beber agua y descansar, pero al ver a los camiones llegar, todos huyeron a gran velocidad, muy asustados de lo que veían y oían, y abandonaron sus refugios, madrigueras y nidos para ponerse a salvo. Las y los niños al recorrer el lugar encontraron esos refugios, y obviamente, como a cualquier niña o niño le hubiera pasado, jugaron en ellos y con ellos. Los nidos encontrados fueron unas excelentes canastas para jugar a encestar la pelota, las madrigueras fueron los mejores refugios para jugar a esconderse. Todos los largos pastizales fueron aplastados por el correr de los menores.

Mientras tanto, las y los adultos preparaban el campamento. Con sus largos machetes limpiaban la hierba en el lugar donde instalarían sus casas de campaña. Tuvieron que cortar algún árbol pequeño y muchas ramas que estorbaban en su campamento. Cortaron mucha leña también para esa gran fogata que sería prendida por la noche en la gran celebración.

Así pasaron el día y la tarde: juego, exploración y mucha hambre. Consumieron muchos productos empacados en plástico, y muchos chicos no tuvieron tanto cuidado de guardar bien la basura y esta salía por los aires, dejando su paradero a merced del viento. Por la noche, la gran fogata fue encendida. Fue preparada



comida, bebida, postre y toda clase de ricos alimentos. Se necesitó mucha leña para mantener prendida la fogata casi toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando los rayos del sol comenzaban a dar sobre las tiendas de campaña, los excursionistas comenzaron a despertarse y a salir a tomar el aire fresco de la mañana. El lugar ya no se veía como cuando habían llegado: la humareda de la apagada fogata le daba un toque lúgubre y fantasmal al lugar. El viento había soplado muy fuerte por la noche y la basura que no había sido bien recolectada en contenedores estaba toda regada. Todas y todos estaban muy cansados por el exceso de comida y bebida de la noche anterior, así que nadie se preocupó demasiado por limpiar el lugar. Recogieron alguna basura que se encontraba a su paso, apagaron la fogata, pero dejaron ahí las cenizas. Desarmaron sus casas de campaña y empacaron todo para llevarlo de regreso a los camiones. Antes de irse decidieron darse un buen baño en el lago de agua clara. Era un día muy despejado y con mucho calor. Todas y todos se untaron protector solar y aceites para protegerse de los rayos del sol, saltaron al agua y jugaron mucho. Los peces, que cuando los chicos saltaron eran muchos, huyeron rápidamente lo más lejos posible del lugar, no solo era la amenaza de ver algo desconocido y grande, sino porque su agua se tornaba turbia por el aceite que desprendían los cuerpos de estos seres extraños. Las y los chicos se divirtieron enormemente, jugaron un buen rato y después se tiraron en las rocas a tomar el sol y almorzar. El llamado de regresar a los camiones les fue dado y salieron corriendo de su descanso hacia estos, dejando ahí la basura y desperdicios de su reciente almuerzo.

Los chicos se fueron muy contentos, cantaron de regreso, contaron las anécdotas vividas y regresaron a la ciudad. Tras el avance del camión hacia su salida, el silencio iba retornando a aquel que había sido un lugar sagrado para la fauna, un lugar para descansar y beber agua. El ruidoso andar de los camiones por fin desapareció y la imagen que quedó fue devastadora: la neblina de la fogata apagada seguía dando un toque fantasmal al lugar, la hierba arrancada, cortada y aplastada, árboles mutilados para hacer la fogata o por simple diversión, muchos insectos aplastados, nidos destruidos y el agua, esa fuente de vida del lago que proporcionaba el vital líquido a todos los animales, ahora estaba aceitosa, cremosa e imbebible. Se repondría en algunos días, pero si esto comenzaba a suceder con regularidad, lo más seguro es que el equilibrio ambiental de ese lugar se rompería.



Reflexiona

- ¿Qué sabes del medio ambiente? ¿Qué es para ti?
- ¿Crees que el grupo de excursionistas actuó con intención de dañar el medio ambiente?
- ¿Cómo pudieron haber evitado lastimar la naturaleza? Escribe cómo pudo haber sido el mismo viaje, pero con el menor daño posible al medio ambiente.
- ¿Qué actos o acciones diarias crees que dañan al medio ambiente?
- ¿Cómo puedes ayudar en tu casa para hacer el menor daño posible al medio ambiente?
- ¿Qué te dice el título del cuento “Sin sintonía”?

La playa sagrada

Cuento para tercero y cuarto



Hace muchos años, cuando los seres humanos aún no llegaban a esa bahía de aguas cristalinas rodeada de montañas, los animales vivían plácidamente y en un equilibrio de vida perfecto. Las montañas estaban llenas de árboles frutales de todo tipo, el clima era ideal para que la vegetación creciera exuberante y frondosa, clima cálido todo el año y con lluvias suficientes para tener siempre una tierra húmeda para sembrar. Esos frutos alimentaban a los miles de diferentes tipos de aves que sobrevolaban el agua y las montañas, posándose en la copa de los árboles al atardecer y haciendo todo un concierto incrementado por el eco que se formaba en la bahía. Los frutos que caían de los árboles daban mucho alimento a insectos, roedores, otros mamíferos y a la tierra. Las montañas en su punto más bajo se unían con el mar por una pared de roca, excepto por una pequeña playa



de arena blanca donde prácticamente no había olas y hacían de esta una alberca natural con agua transparente y limpia. Miles de peces nadaban ahí, de todo tipo de colores y tamaños. El tamaño de los peces aumentaba conforme aumentaba la profundidad del mar. En algunas ocasiones y temporadas del año las ballenas entraban a descansar en su camino al sur para el cambio estacional. Los delfines saltaban cerca de las orillas todas las mañanas, los pelícanos postrados en las rocas extendían sus enormes alas al verlos pasar. La playa era un lugar ideal para que las tortugas depositaran sus huevos y esperaran hasta que las miles de tortuguitas salieran a alcanzar el mar. Todo era un paraíso, hasta que el humano llegó. Los ratones más jóvenes encontraban varias formas de entretenerse durante el día. Una de las que más disfrutaban eran las carreras por comida. Consistía en esperar tras una línea de salida pintada con carboncillo a que el ayudante del cocinero del restaurante sacara la basura y la depositara en el contenedor del callejón. Una vez que la basura estaba dentro y el ayudante cerraba nuevamente la puerta del restaurante, los ratones que competían salían disparados hacia el contenedor. El objetivo era llegar, tomar un trozo de la comida recién sacada y regresar. Ganaba aquel que lo hiciera más rápido.

Los primeros en llegar se quedaron atónitos por semejante belleza. Nunca habían visto algo igual. Esas aguas cristalinas rodeadas por frondosas montañas y con una playa de arena tan blanca como la nieve y cientos de miles de peces y animales, era definitivamente el paraíso. Llegaron por barco. No había ningún medio por tierra para llegar. Estaba bastante alejado de alguna ciudad o pueblo: había que atravesar la cordillera para llegar a esas costas. Toda la tripulación decidió instalarse. Eligieron como lugar de campamento la explanada junto a la playa.

Para construir sus cabañas necesitaron mucha madera, ramas, hojas y palmas. Tuvieron que cortar mucha vegetación para obtenerla. Muchas aves vivían en esos árboles, y no les quedó otra opción que hacer su nido en otra parte: el espacio aún sobraba. Tuvieron también que hacer algunos caminos: cortaron maleza y árboles que les estorbaran en el paso del trazado de su camino. Esos caminos conducían a puntos clave para recolectar agua o subir a la cima de la montaña a el horizonte. Otros caminos conducían a pequeños huertos que habían hecho, donde también tuvieron que quitar todo rasgo de vegetación para dejar la tierra lisa y comenzar su sembradío. La caza se convirtió en parte de su vida diaria. Un escuadrón de hombres eran los encargados de salir por la comida diaria, otros iban por peces. Siempre llegaban con abundante carne para los festines nocturnos, donde hacían una gran fogata en la playa blanca para cocinar, celebrar, bailar y conversar sobre lo bonito que era vivir ahí.

Poco tiempo después llegó otro barco. La tripulación de este nuevo navío se enamoró también del lugar y decidieron quedarse. Como el terreno de junto a la playa ya había sido ocupado por los primeros en llegar, se fueron un poco más



hacia una de las laderas de las montañas, casi junto al mar. Hicieron hermosas cabañas con madera del lugar, todas con espectacular vista a la bahía. Muchos árboles fueron talados para esos fines, y las aves que ahí vivían tuvieron también que emigrar. Pasaba el tiempo y más y más barcos llegaban. Por ende, más gente habitaba ahí.

La tranquila y frondosa bahía de repente se convirtió en un lugar con pocos árboles, porque había ahora muchas casas; ya no había aves porque no había donde pudieran hacer sus nidos; los animales terrestres salieron huyendo desde las primeras llegadas de barcos; los peces optaron por no acercarse más a la bahía; el agua ya no era cristalina, estaba sucia por los desperdicios humanos; las tortugas nunca se volvieron a acercar desde que vieron la enorme fogata en el lugar donde ponían sus huevos. Entre las y los habitantes también comenzó a haber conflictos por los espacios y falta de comida; las y los pescadores regresaban con sus redes casi vacías y los recolectores de frutas con sus cestos a la mitad de su capacidad. El lugar ya no era el mismo; el frondoso y hermoso lugar natural había cambiado: la presencia del hombre había influido en su equilibrio.

Lo que pasó después fue lo que le sucede a toda ciudad o civilización que tiene auge y después decae: hay problemas, hambre, enfermedades, deforestaciones, carencias y al final abandonan todo, se mueven a otro lugar para iniciar lo mismo, y dejan todo destruido a merced de la naturaleza. Pero ella misma comienza a retomar el lugar, las calles se van cubriendo de hierba, los animales regresan, el agua se va aclarando, la hierba genera una tierra más firme para que nuevos árboles comiencen a crecer, y así comenzar lo que alguna vez fue.



Reflexiona

- ¿Crees que la presencia de los seres humanos pudo haberse dado sin que alterara el equilibrio?
- ¿Pueden realmente coexistir sin dañarse mutuamente los seres humanos y el medio ambiente tal y como es, respetando su fauna y vegetación?
- Si tú llegaras con una tripulación a un lugar deshabitado e igual de hermoso y tuvieras la opción de quedarte, ¿cómo organizarías la sociedad y modo de vivir para no dañar a la naturaleza?
- ¿Por qué es importante el respeto y cuidado de la naturaleza?
- ¿Para ti qué es que la naturaleza tenga derechos? ¿Crees que se los merece?

Menciona todas las cosas que crees que hacen los seres humanos que dañan a la naturaleza.

El coleccionista

Cuento para quinto y sexto



Don Alonso, un señor muy respetado en toda la ciudad, era conocido por sus grandes negocios y generosidad. Ayudaba a todas y todos por igual. Si alguien tenía una necesidad o un problema acudía con don Alonso y este hacía todo lo posible por resolverlo. Era poseedor de una gran fortuna. Sus empresas eran fruto de un gran esfuerzo que desde pequeño fue forjando, ya que desde los diez años comenzó a trabajar en la tienda del vecino y de ahí no paró ni de aprender ni de trabajar, y el resultado fue que ahora podía darse el capricho que deseaba, aunque por lo general eran caprichos enfocados en ayudar a su comunidad.



Entre esos gustos que se daba, estaba la fascinación por los animales. En su enorme propiedad a las afueras de la ciudad se encontraba su casa, rodeada por un extenso bosque y campo. En ese espacio don Alonso construyó un zoológico. En medio de los grandes árboles y campos soleados mandó a hacer espacios cercados, dándoles una decoración ambiental similar al lugar donde vivía el animal que estaría ahí.

A los osos les fueron construidas unas cuevas en las partes más boscosas y empinadas, tal como les gusta. A los tigres les dejó la explanada junto al pequeño lago rodeado de vegetación exuberante; los leones ocuparon el campo abierto a fin de que tuvieran suficiente espacio para mirar el horizonte; los rinocerontes ocupaban otra gran área llamada el lodazal, que colindaba con el área de los hipopótamos. Así cada área estaba delimitada y cercada; eran extensas y acondicionadas lo más similares posible al espacio de los animales; nunca les faltaba alimento y era de la mejor calidad. Don Alonso se daba este capricho por dos razones: primero, porque adoraba observarlos; y segundo, porque lo hacía para protegerlos: decía que al menos ahí estaban seguros.

La mayoría de los animales habían sido traídos de su lugar de origen; los leones fueron capturados en las sabanas africanas; los tigres en las selvas de la India; los hipopótamos y rinocerontes en algún país de África. Sólo algunos habían sido rescatados de algún lugar donde vivían en precarias condiciones.

Le gustaba mucho reunir a su extensa familia en su propiedad, los pasea por el bosque y campo y les mostraba su colección de animales y árboles exóticos. En una de esas reuniones, y después de haber realizado todo el recorrido, una de sus nietas le preguntó:

—Abuelo ¿amas a la naturaleza?

—¡Qué pregunta! ¡Por supuesto! La amo con toda mi pasión, ¿no acabas de ver todos esos animales que ni los mejores zoológicos tienen, y esos árboles que sólo encontrarías si vas a las islas remotas de donde los traje. Una de mis misiones en esta vida es amar a la naturaleza y transmitir ese amor por ella, porque de ella dependemos —le respondió don Alonso con mucho cariño.

—Ya veo, pero... ¿no crees que está mal capturar animales, alejarlos de sus lugares naturales, tenerlos en un espacio que, si bien es bonito y extenso, está delimitado con una cerca? Siento que por muy amplios que estén se sienten encerrados. No sé, quizás tenían familia y de repente desaparecieron.

—Ana, eres muy inteligente en cuestionarme lo que te preguntas. En parte tienes mucha razón. Mi misión, como te dije, es transmitir el amor por la naturaleza. Al tener esos animales acá la gente los ve, los aprecia, los conoce. Muy poca gente en todo el mundo puede ir a los safaris de África para ver a los leones, o a las selvas de la India a ver al tigre. Esos gorilas que viste solo están en una región de África, no es fácil verlos, pero cuando los ves, esa



belleza te cautiva, te puede hacer amarlos y respetarlos, al menos eso es lo que pienso. Los lugares de los que provienen están seriamente acechados por cazadores furtivos. También su espacio es limitado, ya no es como antes que podían correr libremente por miles de kilómetros. Ahora los poblados y ciudades, los turistas, cazadores, campos de siembra y el cambio climático, los ha llevado a una población muy reducida y siempre en peligro de ser cazados. En un principio estaba en un dilema con este proyecto. Pensaba lo mismo que tú, pero al final decidí traer algunos, protegerlos, intentar que se reproduzcan, darles la mejor calidad de vida posible, y mostrárselos a la gente para que los vea y se haga conciencia de que en verdad esos animales existen, no solo en películas, documentales o fotos, y que pequeñas y pequeños como tú se pregunten lo mismo que tú, y que lo que hagan en su futuro como adultos sea con una idea muy arraigada de amor a la naturaleza, de no daño a la naturaleza, en todas sus manifestaciones posibles, desde no maltratar animales hasta no contaminar, respetar su hábitat, selvas, bosques y mares, y que todas sus decisiones tengan como pregunta inicial: ¿dañará a la naturaleza? Si la respuesta es sí, entonces se busca si hay manera de hacerlo sin dañarla. Si no se puede, se desecha esa opción. Cualquier cosa que sea, cualquier decisión, desde dónde construir tu casa, dónde acampar, dónde hacer un picnic, dónde tirar y cómo separar la basura... Si vamos a producir o fabricar algo, que sea algo en beneficio de los seres humanos y sin dañar a la naturaleza. Por todas estas razones, querida Ana, es por lo que lo hago.

—Abuelo, debió ser una decisión difícil de tomar, pero tienes razón: gracias a que desde muy pequeña he visto estos animales y esta naturaleza, he podido generar este amor hacia ella. Yo te prometo que haré todo lo que esté dentro de mí por protegerla siempre, y trataré de transmitir ese amor y respeto por la naturaleza.

—¡De eso se trata, Ana! Eres una chica brillante. Ahora ven, que te muestro la nueva camada de lobos: son una belleza.



Reflexiona

- ¿Crees de verdad que el propósito de don Alonso es el amor a la naturaleza?
- ¿Qué otra manera se te puede ocurrir para que la gente genere conciencia sobre el amor a la naturaleza?
- ¿Crees que la naturaleza debería tener derechos tal como los tenemos nosotros?
- Si fueras parte de un comité para establecer los derechos de la naturaleza, ¿cuáles serían?
- ¿Por qué crees que hay gente que sigue destruyendo, maltratando, dañando el medio ambiente y la naturaleza?





DESASTRES NATURALES

Los desastres naturales son fenómenos naturales como inundaciones, tsunamis, deslaves, huracanes, terremotos, avalanchas, olas de calor, sequías, tormentas eléctricas, tornados, tormentas de arena, incendios o erupciones volcánicas, que causan grandes daños materiales, pérdidas de vidas humanas, afectaciones en la geografía del lugar, daños a cultivos y producción alimentaria, entre otros.

Muchos de los desastres naturales se dan por falta de prevención, planificación y por omisiones ante los fenómenos de la naturaleza, que siempre han estado presentes en el planeta. Por esta misma razón, los desastres naturales en sí mismos no son naturales, sino que se presentan por la acción del hombre en su entorno ante la presencia de un fenómeno que sí es natural. Por ejemplo: una erupción volcánica en una isla remota del Pacífico no es un desastre natural, al igual que un huracán en mitad del océano. Pero si ese fenómeno se presenta en un área conurbada que tiene límites de soporte para resistir lluvias, tormentas, terremotos, etc., con una intensidad mayor a la de esos límites, entonces será catalogado como un desastre natural.

Los efectos de los desastres pueden ser muchos, debido a una mala planificación de los asentamientos humanos, por no respetar normas de construcciones, no tener planes de emergencia ni sistemas de alertas adecuados, falta de mantenimiento y omisiones en los procesos establecidos. Algunos otros desastres son causados por las actividades humanas y no son naturales, como: contaminación del medio ambiente, ya sean mantos acuíferos, océanos, bosques, etc., deforestaciones irracionales y explotación desmedida de los recursos naturales y construcciones en áreas de alto riesgo. A lo largo de la historia ha habido desastres provocados por el ser humano que han tenido repercusiones catastróficas. Algunos de ellos son: Chernóbil, las bombas atómicas, derrames petroleros, guerras, minas. Los desastres, además del daño físico al lugar donde se presentan, dañan la economía y el desarrollo humano de la región.

Actualmente los gobiernos tienen comités nacionales e internacionales para mitigar y disminuir el impacto y la presencia de desastres naturales. Las dos vertientes principales son: controlar las acciones humanas que puedan llegar a general desastres y controlar la planificación del urbanismo con un sistema puntual ante emergencias. El flujo de información hoy en día es casi ilimitado, por ende está al alcance de todos el conocimiento de las consecuencias de no cuidar el medio ambiente y del impacto de cualquier desastre natural, lo que ha llevado a más personas a hacer conciencia del cuidado que merece la tierra, de los fenómenos cíclicos que se presentan y de cómo afrontarlos sin que ellos causen desastres. Sin embargo, el trabajo todavía es muy grande, la contaminación del medio ambiente es enorme y también los efectos a lo que esto conlleva. El poder de cambiar ese.



Reflexiona

Trabaja junto con tu hijo o hija, grupo, alumnas o alumnos.

Menciona todos los desastres naturales que conoces.

- ¿Cuáles de esos desastres podrían afectar al lugar donde vives?
- ¿Tengo algún plan de emergencia para reaccionar ante un evento como los que se pueden presentar en el lugar donde vives ?
- ¿Qué cosas que hacemos dañan directa o indirectamente al medio ambiente y pueden desencadenar un desastre natural?

La gran colonia

Cuento para primero y segundo



En la colina del este, en el bosque de las flores, se encontraba el reino de la gran hormiga reina. Una colonia de hormigas como cualquier otra, pero con la suerte de haber iniciado su gran familia en ese hermoso lugar. Las hormigas vivían con todo lo que necesitaban: las plantas, flores y otros insectos. Además, el terreno era muy seguro, nunca había pisado un ser gigante esas tierras; habían visto sus grandes sombras nublar los cielos, pero nunca se acercaban más allá de la copa de las flores. La colonia era enorme: miles de túneles subterráneos iban de un lugar a otro haciendo que todo funcionara a gran velocidad. La reina estaba muy complacida por la perfección con la que todo funcionaba.



Un día uno de sus sabios consejeros le sugirió que debían expandirse, que si bien no había habido ningún intento previo de alguna otra colonia de hormigas de instalarse cerca, era mejor prevenir; la parte opuesta a la colina todavía no había sido ocupada y sus flores abundaban ahí.

La reina analizó la propuesta y le dijo:

—Pero ¿por qué querer expandirse? Si vivimos perfectamente y en armonía con nuestro ambiente, cuidamos a las flores y ellas cuidan de nosotros. El lado opuesto a la colina es el que más flores tiene, no me gustaría causar un desequilibrio en este medio ambiente.

—Su alteza, tiene razón con lo que dice, pero piense en nosotros. Seguimos creciendo, nos gustan los espacios grandes, hay hormigas que han trabajado muy duro y quieren un lugar más grande para su casa, mayores avenidas, más escuelas, más hormigas y más ejército por si acaso llegara un enemigo a intentar conquistar nuestras tierras. Además, piense también en las arcas del reino. Si fraccionamos y damos espacios grandes a algunas hormigas, ellas pagarán grandes tributos. Las riquezas de su reino serán muy grandes.

—La riqueza de mi reino son mis hormigas. Todas vivimos iguales y damos lo que a cada una nos corresponde para nuestro reino. Mi experiencia me dice que no. El equilibrio ambiental es muy importante para mantenernos en armonía y en paz.

—Respeto su decisión, majestad —respondió el sabio consejero, y haciendo una reverencia se dio media vuelta y salió de la cueva real.

El sabio consejero iba muy enojado pero pensativo. Se dirigió con el general de uno de sus batallones.

—General, he hablado con la reina y ordena que de inmediato se inicie con la excavación del lado opuesto de la colina. Lleve a sus mejores hombres y no paren hasta que terminen la fase inicial.

El sabio consejero no solo había engañado a un general, sino que había desobedecido a la reina y dado una orden contraria. La traición se había dado, la colonia estaba en manos de una decisión que podía afectar la estabilidad de todos. La posibilidad de que la reina se enterara era baja. Cada sabio consejero tocaba ciertos temas con ella, y eran los únicos que tenían el privilegio de verla además de sus guardias y princesas. Las hormigas se movieron con rapidez y de inmediato comenzaron las obras. Muchas flores tuvieron que ser taladas desde raíz para comenzar los túneles, y sacaban grandes cantidades de tierra que depositaban en el campo verde junto a la colina. También trazaron nuevos caminos bordeando la colina junto a este gran campo.

Esa mañana, cuando despertó el señor Pol, bajó a su cocina a prepararse el desayuno. Mientras se lavaba las manos observó por la ventana su jardín. Todavía



veía un poco borroso por acabar de levantarse, así que se secó las manos, se frotó los ojos y acercó su rostro a la ventana para observar con detenimiento. Era su jardín, su bello y sagrado jardín que tanto cuidaba. No podía ver lo que creía. Salió rápidamente por la puerta de la cocina, atravesó el bien cuidado y podado césped y se detuvo frente a su gran hortaliza de flores. Estaba paralizado, no sabía qué hacer o decir. Sus tan queridas y apreciadas flores habían sido destruidas. Se hincó para observar de cerca, y lo que vio lo encolerizó de tal manera que maldijo a las hormigas por siempre. Miles de ellas caminaban velozmente transportando pedazos de sus preciadas flores.

Sin pensarlo dos veces, fue corriendo a su bodega y sacó un equipo viejo pero todavía funcional de fumigación, se lo colgó en la espalda y se dirigió al jardín.

Mientras tanto, en la colonia de hormigas todo funcionaba perfectamente: la reina estaba tomando decisiones con sus princesas sin ni siquiera sospechar lo que sucedía en el lado opuesto de la colina, y mucho menos en el mundo humano, que había sido trastocado por la necedad de una “sabia” hormiga. Mientras escuchaba a una de las princesas, comenzó a escuchar gritos, muchos gritos. Parecía que toda la colonia estuviera gritando. De repente se abrió la puerta dando un golpe, entró uno de sus consejeros y le dijo:

—¡Su majestad, la gran nube llegó, tiene usted que ir a la cámara oculta de inmediato!

Los guardias tomaron a la reina y a sus princesas y rápidamente las llevaron a la cámara oculta. Apenas y llegaron. Tras ellos iba envolviendo todo la gran nube blanca. Las hormigas caían por igual, paralizadas sin poder escapar. La cámara oculta era el único lugar seguro, pero apenas había lugar para unos cuantos.

Mientras tanto, el señor Pol rociaba con todas sus ganas a las hormigas. No dejó un solo espacio sin ser bañado por esa gran nube fumigadora, inofensiva para humanos y flores, pero letal para las hormigas. Cuando terminó de rociar, arregló las flores que quedaron en pie, limpió el área y la dejó lo mejor que pudo.

En la cámara secreta la reina abrazaba a sus princesas, los guardias permanecían firmes y alertas. Pasaron varios días cuando uno de los guardias se ofreció para salir a ver lo que había sucedido. Lo que vio fue terrible: toda la colonia había perecido, no quedaba nadie. Recorrió todo el lugar, inclusive el lado opuesto de la colina. Ahí pudo ver los nuevos túneles comenzados pero detenidos por la nube. Vio también el faltante de flores, y entonces comprendió lo sucedido: habían transgredido el equilibrio de su hábitat, la naturaleza se enfureció y ahora tendrían que comenzar de nuevo. Fue rumbo a la cámara oculta a contar a la reina lo sucedido.



La reina quedó afligida por la noticia. No solo de la devastación de su colonia, sino de haber sido traicionada y que esa acción provocara su casi total extinción. Si sus guardias no hubieran actuado con rapidez la esperanza de esa colonia se hubiera perdido. Ahora era un nuevo comienzo, y se prometió la reina que toda hormiga nueva debía aprender el respeto al ambiente donde viven, porque la naturaleza siempre busca su equilibrio en forma de catástrofes para la colonia.



Reflexiona

Explica con tus palabras lo que entiendes por equilibrio ambiental.

- ¿Cuáles son las cosas que hacemos los humanos que pueden desequilibrar el medio ambiente?
- Si fueras gobernante ¿qué harías para proteger a la naturaleza?
- ¿Qué tipo de desastres naturales conoces y para qué crees que ayudan a la tierra?



La última isla

Cuento para tercero y cuarto



Esto sucedió hace muchísimos años. La historia dice que fue en una isla muy remota, más allá de donde cualquier conquistador de la época antigua pudo haber llegado, y lo que ahí pasó es una de las mejores lecciones que el humano pudo haber tenido, con un aprendizaje compartido que aún no se ha comprendido.

Todo fue narrado por unos navegantes, y después otros escribieron lo escuchado, y así ha permanecido conservándose en el tiempo por muchos años, y narra la historia de unos navegantes que llegaron después de una tormenta a una isla. No cualquier isla, porque islas veían todo el tiempo, y esta se hallaba más allá de lo común y corriente. Era una isla bellísima, con una vegetación abundante, árboles de muchos frutos y palmeras, aves de todos los colores; las aguas



cerca de la playa llenas de peces, entre la selva una laguna con agua dulce y una cascada proveniente de un gran nacimiento de agua. Nada faltaba en ese paradisíaco lugar: la comida sobraba, el espacio para vivir era muy amplio, cada quien se encargaba de una porción de tierra, cultivaban solo una pequeña parte de ella, producían alimentos y los compartían con los otros. Respetaban mucho a la naturaleza y el medio ambiente, los animales solo eran cazados cuando se necesitaba ese alimento en específico, y la pesca y el cultivo eran su principal fuente de comida.

Eran muchas las familias las que ahí convivían. Era una población bastante considerable, como la de cualquier ciudad moderna, y toda la gran comunidad era regida por las y los ancianos. Todas y todos los nativos de la isla pasaban a ser parte del gran consejo a la edad de setenta años, después de haber tenido una vida llena de experiencias y aprendizajes, pues estaban listos para tomar decisiones importantes para todas y todos; solo la experiencia les daba las respuestas a todo lo que se les presentaba. No había duda de que cualquiera a esa edad sabría gobernar, porque la sabiduría no viene de solo ser viejo, sino de haber estudiado y puesto en práctica lo estudiado, generando experiencias, que son las que dan las mejores respuestas a lo que en cada momento acontece. Todas y todos en la isla estaban muy preparados, instruidos y entrenados. Como la calidad de vida y bienestar en la isla eran excelentes, las personas vivían muchos años. Por lo regular llegaban a vivir más de ciento veinte años. Tenían sus leyes muy bien establecidas y todos las respetaban. En la isla todo era honestidad y confianza.

Un día como cualquier otro, algunos habitantes de la isla, mientras recorrían una de las montañas, vieron a lo lejos algo que nunca habían visto. Al principio no distinguían qué era, parecía una mancha café haciéndose cada vez más y más grande. Después le vieron forma de insecto gigante, cada que se acercaba parecía cambiar de forma. Las ancianas y los ancianos estaban sorprendidos, sus años de experiencia no podían descifrar lo que estaban viendo: lo desconocido requiere siempre pasar por el proceso de la experiencia para poder ser afrontado y descifrado. No fue hasta que estuvieron muy cerca cuando supieron lo que era. Una gran construcción flotante que transportaba humanos como ellos, pero lucían muy diferentes: sus cabellos eran rubios, largos y rizados, sus rostros barbudos, altos y musculosos, su ropaje era también diferente, pantalones largos y camisas con mangas hasta las muñecas. Las y los isleños vestían poca ropa, el clima era ideal para estar justo con lo necesario, no portaban nada más, ni collares, ni pulseras, ni ningún accesorio para adornarse, eran simples y sencillos.

Mientras las y los isleños observaban a los marineros, estos últimos decidieron desembarcar en lo que les parecía una isla deshabitada, y mientras iban en los botes acercándose, vieron que salían cientos de nativos de entre los follajes hacia la playa. Por un momento dudaron en seguir adelante, pero a distancia





notaron que su lenguaje corporal no era de agresión ni intimidación; tampoco era de asombro o de miedo, sino parecían simplemente espectadores atentos. Cuando los navegantes arribaron a la playa y descendieron de sus botes, el impacto se dio de inmediato, no un impacto físico, sino de emociones, tantas fueron que se quedaron parados ambos grupos mirándose fijamente. Y es que los dos veían algo nuevo: los navegantes nunca habían imaginado a una tribu así, y mucho menos los nativos a humanos con esas características físicas y de vestimenta. Cuando se miraron mutuamente los marineros supieron que era una tribu amigable. Frente a ellos estaban todos las y los ancianos rodeados de los más fuertes guerreros y guerreras, y atrás de ellos las familias, con las niñas y niños, quienes buscaban huecos entre ellos para poder observar mejor a los recién llegados.

El primero en hablar fue el gran anciano. Les dio la bienvenida y preguntó el motivo de su visita. Por supuesto, los navegantes no entendieron nada. La lengua que las isleñas y los isleños hablaban era una lengua local que solo existía en esa isla, y la lengua de los visitantes era igualmente desconocida para las y los ancianos y todas y todos los isleños. Sin embargo, el lenguaje corporal siempre habla por sí solo. Ambos grupos mantenían una postura, gesticulaciones y movimientos amigables, y eso hizo que todos se sintieran seguros y en confianza. Las ancianas y ancianos llevaron a los invitados a un recorrido por la isla. Se maravillaron del lugar: sus playas blancas con aguas transparentes, árboles frondosos y llenos de frutos, miles de palmeras, montañas arboladas, una gran cascada que caía sobre un hermoso lago de aguas cristalinas.

Pero lo que más les maravilló fue su aldea, pues ya llevaban un buen rato recorriéndola y no se habían dado cuenta de que ya estaban ahí, ya que todas las casas estaban totalmente incorporadas y adaptadas al medio ambiente de la isla. Había casas en los árboles, escondidas entre las grandes ramas, con escaleras apenas visibles hechas de troncos y lianas; también casas subterráneas con entradas entre piedras y ventiladas con bambúes huecos enterrados. Había también casas en la ladera de las montañas, entre grandes rocas que formaban cuevas adaptadas como casas. Era todo lo que habían construido tan mimetizado con el medio ambiente que parecía que ningún humano vivía ahí, y todo eso era sorprendente para estos visitantes, que venían de diferentes países con calles trazadas, casas y negocios uno tras otro, construcciones altas y anchas, abarcando grandes extensiones de cemento y piedra sin ver un solo árbol o área verde. La forma de vivir de ambas culturas eran completamente diferentes entre sí. Todas y todos en la isla vivían en armonía con su medio; los navegantes vivían a su manera, imponiendo nuevas normas en las reglas naturales de la vida.

Como el recorrido se había prolongado demasiado, las corrientes del mar habían cambiado, la marea había subido y las olas habían crecido hasta tres veces su tamaño, por lo que el gran anciano les ofreció pasar la noche allí. Además, habían



pronosticado una gran tormenta para esos días, quizás esa noche, no sabían con exactitud, pero sabían que llegaría. Trataron de explicárselo a los huéspedes, quienes apenas si lograron comprender. Sin embargo, aceptaron la invitación y se mostraron muy agradecidos.

Después del atardecer notaron que las y los isleños iban de prisa a sus casas, y aunque no se mostraban agitados o con miedo, sí tenían en el rostro la expresión de que sabían que algo iba a ocurrir. Llevaron a los invitados a una de las cuevas y uno de los ancianos les hacía señas de que algo inmenso caería del cielo, pero seguían sin comprender qué era lo que iba a llegar.

Así que se acostaron para descansar y partir rumbo hacia su destino al día siguiente. Un par de horas después de haberse dormido, todos despertaron de súbito: un estrepitoso rayo había caído demasiado cerca, el viento comenzaba a tomar fuerza y soplaban a través de las grietas de la cueva creando un silbido ensordecedor. Uno de ellos trató de salir a asomarse para ver qué sucedía, pero no pudo lograrlo: el viento lo empujaba tan duro que le fue imposible llegar a la entrada de la cueva, que además de aire ya contenía grandes cantidades de agua de la tormenta que azotaba a toda la isla. Todos se arrinconaron en el lugar de la cueva que les pareció más seguro. Nunca habían escuchado una tormenta tan intensa. No durmieron ni un segundo. No fue hasta que el ruido comenzó a disminuir cuando supieron qué estaba pasando. Estaban todos muy agotados. El mismo hombre que había intentado salir durante la tormenta se ofreció de nuevo para ver lo que sucedía. Cuando salió, el sol ya bañaba la isla con sus primeros rayos, y las isleñas e isleños, todas y todos, estaban levantados arreglando los desperfectos que había ocasionado el huracán. Todos trabajaban arduamente, pero ninguno parecía preocupado ni molesto. Parecía que era algo cotidiano. El navegante vio que ninguna de las casas estaba dañada y que todos los daños eran ramas y hojas tiradas. Pensó que si ese huracán hubiera llegado al lugar de donde él provenía, seguramente habría arrasado con todo el pueblo, incluyendo casas y personas. Pero aquí nada de eso había sucedido. Vivir en sintonía con la naturaleza los llevaba a vivir de la mano con ella. Si ellos no la dañaban y vivían acorde al lugar, tampoco la naturaleza los dañaría. Pensó que si ocurriera un temblor, sería lo mismo: las casas, si bien no eran del material más resistente, estaban amoldadas a su ambiente.

El gran anciano se acercó al viajero y le dijo:

—Sé que no me comprendes, pero sé que lo que ves te hace entender. Transmite esto a tu pueblo y gente, de donde sea que vengas, lleva el mensaje de vivir en armonía con la naturaleza, de respetarla, sus ciclos y las formas de purificación de la tierra, como son los huracanes o tormentas. Si ustedes llegan a ese punto de sincronización con todo, ya no serán más desastres para ustedes, sino procesos de limpieza de la misma tierra.



El navegante lo miró fijamente, pareciendo comprender. La forma de vida de esas personas habían hecho cambiar todo lo que el marinero creía correcto, donde todos y todo estuviera en balance con el círculo de la vida, sin dañar ni irrumpir en el medio ambiente, sino habitarlo, cuidarlo y ser parte de él.

Esa tarde los marineros se despidieron, regresaron a su barco, que gracias a sus fuertes anclajes resistió la tormenta. Los marineros fueron de puerto en puerto contando lo que habían visto y la forma de vida que tenía aquel pueblo isleño. Todas y todos escuchaban asombrados, pero sabían que no podían cambiar su forma de vida a una como esa. No porque no lo creyeran, sino porque dejar un estilo de vida, una forma de vida, algo que ya conocían, construcciones, calles y un sistema de comercio que no podía parar, era casi imposible. Además, cambiar todo eso por algo que nunca habían visto era impensable: el confort de lo conocido siempre es más fuerte que la fuerza que se necesita para cambiar por algo mejor.

Los desastres naturales siguieron causando mucho daño a los humanos, pero no más de lo que el humano causaba a la tierra. Tras cada desastre como huracanes, temblores, erupciones volcánicas o tsunamis, el humano construía barreras más fuertes, cimientos más fuertes, arrasaba más con la naturaleza para defenderse de ella, y los desastres aumentaban derribando lo construido por el hombre. Solo cuando ya quedó casi todo destruido, después de mucho caos y desastre, fue cuando el ser humano aprendió que era mejor vivir con la tierra que sobre la tierra. La idea de estar por encima de algo o alguien, aunque sea jerárquicamente, hizo que todos se sintieran superiores a cualquier forma de vida diferente a la humana, siendo la única especie de todo el planeta cuya existencia generaba destrucción. Esa gran lección sacudió a la raza humana, que por un momento pensó que llegaría a extinguirse, pero la madre naturaleza les dio otra oportunidad. El hombre tenía que saber que si no hay planeta Tierra no hay humano. Si no cuidaban su casa, se derrumbaría y no habría lugar a dónde ir. Tomar conciencia de ello les costó mucho. Lo sabían, lo habían escuchado, pero no creían en ello, hasta que en carne propia lo vivieron y solo así aprendieron a vivir con la tierra.

El humano no construyó más sobre ella como antes lo hacía, arrasando todo lo que se encontraba a su paso, sino que construyó con ella, amoldando sus necesidades de construcciones y caminos a cada lugar. En cada lugar se sembraba solo lo que ahí se producía, sin deforestaciones ni contaminación del ambiente. La presencia del hombre fue casi como la de cualquier otro ser en la tierra. Su presencia y su existir hicieron que la tierra tuviera más vida.

Lamentablemente, no se sabe cuándo exactamente, pero todo volvió a cambiar a casi como vivían en la época de los marineros, solo que con un poco más de tecnología. En ese cambio los océanos se ensuciaron nuevamente y, como nunca antes, la tierra se deforestó terriblemente. Hubo construcciones inmensas y las



tierras se devastaron. El hombre olvidó la importante y esencial conexión que tiene con la madre tierra, y que el respeto y cuidado que se le dé es el mismo que recibiremos de ella.



Reflexiona

- ¿Por qué crees que los marineros y los nativos tenían formas de vida diferentes?
- ¿Qué es para ti conectarse con la naturaleza?
- ¿Qué crees que sea lo que no permitió a los seres humanos vivir en conexión con la naturaleza?
- ¿Qué cambiarías en tu forma de vida para vivir con respeto y cuidado a la naturaleza?
- ¿Qué sugerirías en tu escuela para cuidar y respetar más al medio ambiente?
- ¿Tú cómo podrías vivir para no dañar a la naturaleza y que sus desastres naturales no te dañen?

El monstruo desconocido

Cuento para quinto y sexto



Don Juan narra a unas y unos niños sus vivencias de cuando era chico. Les cuenta sus aventuras, travesuras, aprendizajes y también sus miedos. Recuerda que de pequeño escuchaba hablar de un monstruo del que sus padres nada querían saber, así que siempre que presentían que ese monstruo iba a aparecer, se iban a otra parte. Cambiaban de ciudad o provincia constantemente, y casi siempre escogían un lugar para vivir junto a la playa, aunque algunas veces escogían vivir en grandes ciudades. Para don Juan ese monstruo significaba mucho. Cada que se hablaba de él había que empacar rápido, dejar la casa e irse a otro sitio a buscar una casa nueva y comenzar de nuevo. Él no comprendía de qué clase de monstruo se trataba, debía de ser uno muy poderoso para hacer que sus padres quisieran abandonar todo e irse.



Cuando era pequeño don Juan, un día mientras jugaba en el jardín de su casa, cuando ya llevaban varios meses viviendo en un bonito lugar junto a la playa, en un pueblito pequeño habitado por pocas familias que en su mayoría eran pescadores, sintió que todo se movía. En un comienzo pensó que estaba mareado, pero pasando unos segundos observó cómo todo se movía a su alrededor. Su casa se movía de lado a lado al igual que las palmeras y los árboles. Todo comenzó a crujir: el suelo, la casa, los árboles, y a lo lejos se comenzaban a escuchar gritos de las personas de la aldea. De repente llegó su mamá, lo tomó rápidamente de la cintura y lo cargó dirigiéndose muy velozmente hacia la colina más alta de la zona. Juanito iba sacudiéndose en los brazos de su mamá cuando observó que toda la gente del pueblo se dirigía a gran velocidad a esa colina. Cuando llegaron ahí, su papá ya se encontraba esperándolos. Estaba igualmente agitado y cansado de haber corrido. Todos se preguntaban si se encontraban bien los demás, y parecían estar a la espera de que algo ocurriera. La tierra no se movía más, pero parecía que algo iba a suceder. Juanito comenzaba a comprender de qué monstruo se trataba. Se imaginaba un monstruo enorme, destructor, que iba moviendo todo a su paso, pero que era invisible, solo se podían sentir y ver sus destrozos, pero era imposible verlo.

Todos en la colina estaban murmurando, muy asustados, cuando de repente un pescador dijo:

—¡Ahí viene!

Todos voltearon a ver al punto donde se dirigía el dedo del pescador. Allá en el horizonte del océano se alzaba lo que parecía ser una gran ola. Los gritos comenzaban a aumentar mientras los más ecuanímes trataban de calmar a la gente. El lugar donde estaban era el más alto, no había a dónde más ir, así que lo único que les tocaba era esperar a que esa gran ola a la que le decían tsunami no llegara tan alto como para cubrir la colina. La ola se iba acercando. Conforme los metros disminuían parecía hacerse más y más grande. Nunca habían visto una ola semejante, parecía una inmensa pared avanzando firmemente hacia la playa sin alguna intención de detenerse. Cuando la ola estaba ya demasiado cerca todos se abrazaron sujetándose firmemente, cerraron los ojos y esperaron a que la ola pegara en tierra. Escucharon un fuerte golpe cuando la ola pegó en las primeras piedras, seguido de un tronido continuo que era el arrase de la ola con todo. Una gran salpicadura de agua los bañó por completo, pero la ola no cubrió la colina, la fuerte corriente del agua pasaba justo unos pocos metros debajo de ellos. Fue un desastre total. El pueblo había desaparecido, las casas habían sido arrancadas y arrastradas por la corriente, las palmeras, árboles y vegetación se habían desprendido del suelo desde la raíz. Por suerte, el instinto de los animales los hizo salvarse y todos huyeron del lugar a tiempo. Todos en el pueblo sobrevivieron, y cuando acabó la ola y el agua del mar volvió a su nivel, descendieron de la colina



para ver lo que quedaba, y difícilmente se podía notar que ahí hubiera habido un pueblo. No quedaba nada.

Juanito pensó:

—Este es el monstruo al que tanto teme la gente, comienza sacudiendo la tierra y luego manda una gran ola para limpiar lo que derrumbó.

Durante muchos años Juanito pensó en aquel monstruo y su brutal ataque a las ciudades. Pero Juanito, conforme crecía, iba sacando conclusiones de la finalidad del monstruo, hasta que llegó a la que le pareció la más acertada:

—Ese monstruo no quiere destruirnos. Ese monstruo es parte de la naturaleza. Es el monstruo que marca los ciclos y limpia todo a fin de dejar un terreno fértil para la tierra, listo para que nuevos árboles, plantas y vida resurjan ahí. Nosotros, por ejemplo, habíamos arrasado con la naturaleza en el lugar donde nuestro bonito pueblo se encontraba. Habíamos talado muchos árboles para hacer caminos y nuestras casas, habíamos dejado sin madrigueras ni nidos a muchos animales, pero el gran tsunami llegó a limpiar lo que nosotros habíamos hecho, dejando el terreno tal y como estaba antes de nosotros. El monstruo no es el que daña la tierra, somos nosotros los seres humanos quienes la dañamos.

Fue desde ese día que Juanito, ahora conocido como don Juan, lleva sus mensajes en pro de la naturaleza a todo lugar a donde va, y su objetivo es muy claro:

—Respetar a la naturaleza para que ella nos respete.

Y está en todo lo cierto. Como humanos construimos sobre la naturaleza. Si necesitamos derribar y derrumbar para construir, entonces no es ahí el sitio donde debemos estar. Debemos construir con la naturaleza, amoldarnos a ella y ser parte de ella.

Cuando la gente de un lugar le hace caso a don Juan, entonces ya no tiran un árbol para hacer una casa, ahora la casa es una casa del árbol, o la casa le da la vuelta al árbol sin tener que derribarlo. Si hay que tirar un árbol para hacer un camino, entonces ya no se tira más y el camino tendrá curvas divertidas cubiertas por sombras de frondosos árboles. Los animales y vida natural se desarrollan en armonía con el humano, y todo a lo que antes se le llamaba desastre natural, es conocido como proceso de limpieza natural, donde la tierra se limpia y se regenera, creando una nueva oportunidad de vida.

Cada vez son más los que escuchan a don Juan. ¿Y tú? ¿Le haces caso a don Juan?



Reflexiona

- ¿Para ti qué es hacerle caso a don Juan?
- ¿Crees que hoy en día se construye respetando la naturaleza?
- ¿Qué idea propondrías para que se respetara más la naturaleza a la hora de construir?
- ¿Qué desastres naturales conoces y cuál crees que sea el objetivo de cada uno de ellos?
- ¿Cuál crees que sea la principal razón por la que los seres humanos no hayan cuidado muy bien a la naturaleza?



